

## Nuevos cuentos de Emilia Pardo Bazán recuperados de la prensa madrileña

Ricardo Axeitos Valiño  
Patricia Carballal Miñán

### RESUMEN

En este artículo editamos nueve cuentos de la escritora, olvidados en la prensa periódica madrileña: “El Morito”, publicado en la revista *Pharos*; “Interrogante”, publicado en *Renovación Española* y “La conquista de la Cena”, “El panteón de los años”, “Galana y Relucia”, “A lo vivo”, “La cuba”, “Teorías” y “El crimen del Año Viejo” publicados en el periódico *El Sol*.

PALABRAS CLAVE: Pardo Bazán, edición, nueve cuentos olvidados, *Pharos*, *Renovación Española* y *El Sol*.

### ABSTRACT

In this article nine forgotten short stories from Emilia Pardo Bazán are edited. They were published in the Daily Press in Madrid: “El Morito”, published in *Pharos*; “Interrogante”, Published in *Renovación Española* and “La conquista de la Cena”, “El panteón de los años”, “Galana y Relucia”, “A lo vivo”, “La cuba”, “Teorías” and “El crimen del Año Viejo” Published in the journal *El Sol*.

KEY WORDS: Pardo Bazán, editions, nine forgotten short stories.

La búsqueda hemerográfica en revistas y periódicos de finales del siglo XIX y principios del XX continúa permitiendo que el catálogo de cuentos de Emilia Pardo Bazán se incremente año a año y que aquellos relatos que permanecían olvidados en las páginas de publicaciones periódicas, puedan ser recuperados para el lector actual. Precisamente, en el presente artículo damos a conocer los cuentos “El morito”, aparecido en la revista ilustrada *Pharos*, e “Interrogante” que vio la luz en la publicación madrileña *Renovación Española*. También completamos la nómina de cuentos publicados por la autora en el periódico madrileño *El Sol*, que habíamos iniciado con la publicación del cuento “El vencedor” en el número 5 de la revista *La Tribuna*<sup>1</sup>. En este periódico aparecieron un total de dieciséis cuentos de la escritora, de los cuales seis de ellos “La Conquista de la Cena”, “El panteón de los años”, “Galana y Relucia”, “A lo vivo”, “La Cuba”, “Teorías” y “El crimen del Año Viejo” –que editamos a continuación– permanecían olvidados.

Gracias a la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional hemos podido consultar la revista *Pharos*, de la que se conserva un tomo con los números correspondientes a 1912. Apenas tenemos datos sobre esta publicación mensual ilustrada, de magnífica factura editorial, publicada también en Madrid y que contaba con colaboradores como Emilio Carrere, Ricardo Donoso Cortés, José Francés, González Blanco, Dorio de Gádex (Miguel Ángel Buil Pueyo), Valle Inclán o “Colombine”. El cuento “El Morito” aparece en las páginas 98-102 del número de agosto de 1912, con ilustraciones de Bartolozzi. Ignoramos, no obstante, si la revista se conserva en otras hemerotecas, si continuó publicándose más tiempo y si la escritora colaboró en más ocasiones.

Y es que, durante mucho tiempo, la consulta de prensa custodiada por las hemerotecas ha presentado muchas dificultades para el investigador: las colecciones de periódicos y revistas se hayan, además de incompletas, dispersas por diferentes lugares y, a menudo, el inestable y frágil soporte en el que fueron impresas, condiciona y, a veces, restringe, su acceso al lector. La preservación de estos materiales es, evidentemente, una prioridad para las hemerotecas pero se convierte muchas veces en una traba para la investigación. Sin embargo, con el paso del tiempo, soluciones como la de la microfilmación de documentos o la elaboración de colecciones facsímiles, han permitido tanto preservar el documento original (que se retira de consulta) como la difusión de los textos originales entre los investigadores. Hoy en

<sup>1</sup> Axeitos Valiño y Carballal Miñán (2007: 377-388).

día, además, contamos con la opción por la que se están inclinando muchas bibliotecas, instituciones y organismos públicos: digitalizar sus colecciones periódicas y alojarlas en páginas web, con lo que se facilita no sólo el acceso a los textos, sino la comodidad de consultarlos sin la necesidad de acudir al lugar donde se custodian. Incluso, en casos como en el de la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de Madrid, las colecciones digitalizadas cuentan con un motor de búsqueda que nos permite acceder a unas palabras concretas en toda la colección del periódico o revista. Precisamente la colección de prensa digitalizada de esta misma biblioteca nos ha permitido recuperar el resto de los cuentos que transcribimos en este artículo y que la escritora publicó en el periódico *El Sol* y en la revista *Renovación Española*.

En esta última publicación, como hemos referido, apareció el cuento “Interrogante”, concretamente en el número 4, correspondiente al 19 de febrero de 1918. *Renovación Española* fue una revista semanal, que se publicó entre enero y noviembre de 1918. Estuvo dirigida por el criminalista Quintiliano Saldaña (1878-1938) y contó entre sus colaboradores con Pío Baroja, Jacinto Benavente, Eugenio D’Ors, Rafael Salillas, Ramón Gómez de la Serna y la propia Emilia Pardo Bazán, si bien esta última tan sólo publicó el cuento citado y un artículo titulado “Estudios literarios. El romanticismo de escuela”<sup>2</sup>.

Como hemos dicho, en el número 5 de esta revista y gracias a la generosa ayuda del profesor Xosé Ramón Barreiro Fernández habíamos podido consultar un suplemento de el periódico *El Sol*, dedicado a la provincia de Ourense<sup>3</sup> y editar el cuento “El vencedor” (19, agosto, 1919). Ahora, gracias a la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional, hemos podido acceder a la colección completa de este periódico y recuperar todos los cuentos publicados por la escritora. Sin embargo, debemos decir que nos hemos visto obligados a revisar la colección microfilmada del periódico –que se custodia en la propia Biblioteca Nacional– a partir de la cual se ha hecho la digitalización, pues, en ocasiones, el microfilme conserva ejemplares que no

<sup>2</sup> Este artículo tampoco aparece en las bibliografías aportadas por los estudiosos de la escritora hasta el momento. Esperamos poder darlo a conocer en un próximo trabajo en el que también recogeremos otras colaboraciones de Pardo Bazán publicadas en la prensa madrileña y que todavía no se han catalogado.

<sup>3</sup> *El Sol* dedicó varios suplementos monográficos a las provincias españolas. Entre ellos, cuatro sobre las provincias gallegas, y de cuya dirección se encargó Castelao, colaborador asiduo del periódico (Rodríguez Castelao 1975).

han sido digitalizados<sup>4</sup>, y porque la lectura de alguno de los textos resultaba sumamente difícil a través de la página web.

Pardo Bazán publicó en este diario, además del ya citado, los cuentos “Racimos” (2, diciembre, 1917); “La conquista de la Cena” (16, diciembre, 1917); “El panteón de los años”<sup>5</sup> (30, diciembre, 1917); “La joya del museo” (13, enero, 1918); “Galana y Relucia” (24, febrero, 1918); “A lo vivo” (31, marzo, 1918); “El viaje de don Casiano” (5, mayo, 1918); “La cuba” (23, junio, 1918); “Teorías” (27, octubre, 1918); “El aire cativo” (24, noviembre, 1918); “El crimen del Año Viejo” (1, enero, 1919); “Dios castiga” (13, abril, 1919); “Maleficio” (7, mayo, 1919). De todos estos cuentos, “Racimos”, “Dios castiga” y “El aire cativo” (este último publicado también el 12 de abril de 1919 en la revista bonaerense *Caras y Caretas*) fueron recogidos en el volumen póstumo de Pardo Bazán, *Cuentos de la tierra* en 1922; “El viaje de don Casiano” fue rescatado del número del 17 de diciembre de 1931 de la revista *Vanguardia Gallega* por la profesora Araceli Herrero Figueroa<sup>6</sup> y “Maleficio” fue también publicado en *El Progreso* de Lugo, n. 3560 (15, julio, 1919) y publicado por Mar Novo Díaz<sup>7</sup>. También “La joya del museo” fue editado por Kirby en 1973<sup>8</sup>. Sin embargo ninguno de los demás cuentos –“La conquista de la Cena”, “El panteón de los años”, “Galana y Relucia”, “A lo vivo”, “La cuba”, “Teorías” y “El crimen del Año Viejo”– fueron recogidos en las compilaciones publicadas por la autora, ni aparecen en los inventarios realizados por los estudiosos pardobazanistas, por lo que los editaremos a continuación. En el caso de “El Panteón de los años”, hemos cotejado, además, el texto publicado en *El Sol* con el del manuscrito de la escritora que se conserva en el Archivo de la Real Academia Galega (Pardo Bazán [190 - ]).

Para contar a grandes trazos la historia editorial del diario *El Sol*, debemos retrotraernos hasta 1914, cuando el empresario papelero vasco, José María de Urgoiti, creó la sociedad Prensa Gráfica Española, junto a los periodistas

<sup>4</sup> El número del 2 de diciembre de 1917, donde se publicó el cuento “Racimos” no está digitalizado, como tampoco lo está la sección “Hoja literaria” del 27 de octubre de 1918, en la que apareció el relato “Teorías”.

<sup>5</sup> De este cuento se conserva una versión mecanografiada entre la documentación de Emilia Pardo Bazán que se custodia en el Archivo de la Real Academia Galega (Pardo Bazán [190-]).

<sup>6</sup> Herrero Figueroa 2004: 146-149.

<sup>7</sup> Novo Díaz 2004: 425-434.

<sup>8</sup> Pardo Bazán 1973: 403-405.

Francisco Verdugo y Mariano Zavala. A esta sociedad pertenecieron las revistas *La Esfera* (fundada poco antes de la creación de la sociedad), *Mundo Gráfico* (fundada en 1911 por Zavala y Verdugo), *Nuevo Mundo* y *Por Esos Mundos* (estas últimas levantadas por José del Perojo en 1895 y 1900 y que fueron adquiridas por la sociedad en 1915). En todas estas publicaciones aparecieron cuentos de nuestra escritora<sup>9</sup>, de modo que cuando Urgoiti fundó el periódico *El Sol* en 1917, la firma de Emilia Pardo Bazán estuvo también presente. Hemos de decir que todos los cuentos de Doña Emilia editados en la publicación madrileña (a excepción del ya citado “El vencedor”) vieron la luz dentro de apartados dedicados a colaboraciones literarias, como “Los cuentos de *El Sol*”, “Las letras y las Artes” y “Hoja Literaria”, suplemento que se publicaba los domingos y que contaba con varias plumas ilustres del país, pertenecientes, eso sí a generaciones muy dispares.

También debemos decir que las colaboraciones de intelectuales gallegos fueron muy frecuentes en el periódico. Además de dedicar números extraordinarios a ciudades como A Coruña o Vigo, en el periódico había una sección más o menos fija de noticias sobre Galicia, en la que escribieron Jaime Solá (director de la revista *Vida Gallega*), Antón Villar Ponte o Antonio Valcárcel. También entre las páginas de la publicación encontramos las magníficas caricaturas de Alfonso Castelao que ocupan espacio junto a las de Bagaría.

#### NOTA A LA EDICIÓN

Hemos modernizado la ortografía y la puntuación de los relatos y corregido algunos errores tipográficos evidentes.

<sup>9</sup> Tal y como se puede comprobar consultando las obras de Nelly Clemessy (1972, 1981), Paredes Núñez (Pardo Bazán 1990) y Mar Novo (2008) en *La Esfera*, desde su fundación en 1914 hasta 1921, aparecieron 25 cuentos de Emilia Pardo Bazán. En *Nuevo Mundo* entre 1914 y 1918 la escritora publicó cuatro cuentos. También en la revista *Por Esos Mundos* se editó otro en 1914. Finalmente, en *Mundo Gráfico*, sabemos que el 6 de marzo de 1912 apareció “El pajarraco” cuento recogido también en el volumen *Cuentos trágicos* (1912).

## BIBLIOGRAFÍA

- Axeitos Valiño, Ricardo, y Carballal Miñán, Patricia (2007): “‘En su cama’ y ‘El vencedor’, dos cuentos de Emilia Pardo Bazán”, en *La Tribuna: Cadernos de Estudios da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, n. 5, pp. 377-388.

- Clemessy, Nelly (1972): *Les Contes d’Emilia Pardo Bazán: (essai de classification)*, Paris, Institut d’Etudes Hispaniques.

- Clemessy, Nelly (1981): *Emilia Pardo Bazán como novelista: (de la teoría a la práctica)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2 v.

- Herrero Figueroa, Araceli (2004): *Estudios sobre Emilia Pardo Bazán e recompilación de dispersos*, Lugo, Servicio de Publicaciones, Diputación Provincial de Lugo.

- Novo Díaz, Mar (2008): “Femeninas: un nuevo cuento rescatado de doña Emilia”, en *La Tribuna. Cadernos de Estudios da Casa Museo Emilia Pardo Bazán*, n. 6, pp. 399-403.

- Pardo Bazán, Emilia [190-], [*Inmenso es el Panteón de los años*] [documento mecanografiado], Archivo de la Real Academia Galega, Fondo Familia Pardo Bazán, signatura C 258/36 y 274/45.

- Pardo Bazán, Emilia (1973): *Obras completas. Tomo III: Cuentos; Crítica literaria (selección)*, introducción, bibliografía, selección de material crítico, prólogo, clasificación de cuentos, notas y apéndices de Harry L. Kirby, Jr., Madrid, Aguilar.

- Pardo Bazán, Emilia (1990): *Cuentos completos*, estudio preliminar, edición, bibliografía, notas y censo de personajes de Juan Paredes Núñez, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa.

- Rodríguez Castelao, A. D. (1975): *Castelao en ‘El Sol’*, edición e introducción de J. A. Durán, Madrid, Akal.

“El Morito”

*Pharos*, (agosto 1912), pp. 98-102

Se habló un poco de él, cuando vino aquella embajada del Sultán, que se dio en Madrid buena vida, tan pronto a su manera como a la nuestra, largos meses.

Era este moro bello ejemplar de raza, alto, cenceño, de acusadas y correctas facciones semíticas, de ojos como pájaros sombríos y de pies chicos como cascos de corcel árabe; las blancas telas que envolvían su cuerpo formaban alrededor de él una aureola de limpieza elegante, porque Hafiz, así le llamábamos sus amigos españoles, era moro currutaco, dado a abluciones y cuidados de tocador, sin que para ello hubiese menester acordarse de los preceptos del Profeta.

He dicho sus amigos españoles, y lo repito, porque los tuvo aquí a docenas a poco de su llegada. Hablaba nuestra lengua con acento dulce, caídas graciosas y ligeras imperfecciones; no ignoraba el francés, y se puso de moda, porque demostró, desde el primer momento, vivo deseo de enterarse de nuestras costumbres, de empaparse en nuestra civilización. Lo que iba viendo le sugería dichos oportunos, críticas sin dureza que todos celebrábamos, y a las cuales muchas veces asentíamos. Así es que Hafiz, convidado y sin gastar un céntimo, iba a todas partes y había siempre sitio para él en palcos y coches.

Naturalmente, dada nuestra manera de ser nada nos preocupaba como la cuestión de amoríos. Hafiz tenía partido con las mujeres, pero ya se adivina con cuales. Dígase lo que se diga, las señoras no suelen beber los vientos por moros ni por gente exótica, y Hafiz, si recogió en los salones amables sonrisas y ojeadas de curiosidad, no cosechó la flor de granado del amor de la cristiana, caso digno de ser contado en romances y llorado en endechas. Pero, en otras esferas, no pudo quejarse el infiel. Es decir, le oímos un día lamentarse, sí, del exceso de felicidad... Y como le dijésemos:

-Pues oye, Hafiz, nosotros creíamos que, para los moros, por mucho trigo nunca fue mal año...

-Moro y cristiano –nos respondió juiciosamente– no tienen más que un solo cuerpo.

Por otra parte, Hafiz encontraba bastante que reprender en la facilidad con que las españolas pueden salir, y entrar, y pasearse, y asistir a sitios públicos; y los trajes y los peinados los encontraba “buenos para moro que mira, malos para cristiano que paga”. Estaba asustado, no sólo de la inmoralidad, sino del derroche. Cuando se enteraba de que una pluma de sombrero podía costar

trescientas o cuatrocientas pesetas, sin que fuese nada de extraordinario, movía su cabeza típica, juntaba su entrecejo aterciopelado, y repetía:

-No ha visto Hafiz llover pesetas del cielo... Hafiz desea que le llevéis a ver fuente de donde salen las pesetas...

Los toros, diversión de que tenía noticias desde Marruecos, no asombraron mucho a Hafiz; lo que le maravilló fueron dos cosas: lo caros que cuestan y lo mucho que se habla de ellos.

Varias veces manifestó su asombro al encontrar en los diarios consagrando tanta letra de molde a una cosa que se ve con los ojos.

-Hafiz conoce en la plaza al torero bueno y malo... maleta, decís. Hafiz allí aplaude o silba o calla. Después, no. El moro no gusta de hablar en balde.

Un día, a nuestra vez, le argüimos; los sucesos nos autorizaban para ello: Si era verdad que al moro no le gusta perder tiempo en palabras ociosas, que nos explicase Hafiz la razón por la cual tanto se demoraban los embajadores serifianos, entreteniéndose en interminable negociación, en la cual, naturalmente, la base era el jarabe de pico.

-No es culpa nuestra –repuso con su calma inalterable–. No es por nuestro gusto. Es que españoles no ser formales. A ver, responded vosotros: Nuestro embajador llega y le cuenta su cuento a Sidi Allende Salazar. Va entendiéndose con este señor y las cosas empiezan a arreglarse, cuando quitáis a Sidi Allende y ponéis a Sidi Pérez Caballero. Y hay que empezar desde el principio, y repetírselo todo, y el cuento es largo, vosotros lo sabéis... ¿eh? Bueno; enterado ya Sidi Pérez Caballero, ¡ahora vuelta a principiar con Sidi García Prieto! ¿Ser moro quien quiere gastar saliva, o ser cristiano?

No pudimos menos de reconocer que en las palabras de Hafiz había gran parte de razón, aunque entendiésemos bien que el malicioso viejo enviado enredaba a propósito las negociaciones, con ese arte de diplomacia que caracteriza a las razas atrasadas, y se parece al instinto de la vulpeja. El mismo Hafiz empezó a figurársenos, desde entonces (y no sólo por esta observación, sino por otras, igualmente impregnadas de socarronería satírica), un “tío muy largo” que se quedaba con nosotros. Nuestra desconfianza no dio por resultado que le tratásemos peor, sino al contrario, que exagerásemos nuestras atenciones, para que no pudiese referir de nosotros, allá en su tierra, nada malo, sino extremos de cortesía hospitalaria. Es cierto que el vizconde de Tresmes, profesor de mundología, nos avisó de que la opinión que de nosotros se formase en Marruecos debía ser una de las veintisiete cosas que nos tuviesen perfectamente sin cuidado; pero a pesar de la cordura del aviso no le hicimos caso y continuamos obsequiando a Hafiz, partícipe gratuito y agasajado de todas nuestras distracciones y fiestas. Y el morito



se había habituado de tal suerte a su fortuna, que ya cuando venía con nosotros, ni traía cartera, ni cinco céntimos, y últimamente, tampoco petaca. Nadie, ni el Sultán, fumó mejor ni más barato que Hafiz durante una larga temporada, que a él debió de parecerle corta.

Hasta hubo entre nosotros alguno que se empeñó en dar a Hafiz elevada idea de lo que es España, y le acompañó a varios sitios, como Museos, establecimientos benéficos, el Banco, el Palacio Real –en la parte que es lícito ver– la Armería; en fin, aquello que puede asombrar y maravillar. Mirábalo todo atentamente el buen Hafiz, aunque, según su filosofía fatalista, de nada se asombraba, convencido de que sólo es grande, muy grande, Alá. En el Banco y en la Casa de la Moneda dijo, con su melancólica sonrisa iluminada por los nácares de la boca:

–Estas son fuentes de pesetas, ¿eh? Aquí hacéis el dinero... Buena cosa, el dinero, ¿eh?

El dinero, pudimos notarlo, atraía la atención del infiel mucho más que las celosías floridas, las sultanas de negra melena y pecho de cristal, y otras escenografías de los versos zorrillescos, que uno de nosotros, elegante barnizado de literatura, le leyó un día.

El dinero, positivamente, le fascinaba doble. Con aquellos millones que veía danzar a su alrededor, invertidos en lujos que no necesitaba y en ostentaciones que no comprendía, ¡cuántos cañones y *fusilas* de tiro rápido para los hijos del Atlas y de la llanura ardiente, hoy surcada, dominada por jinetes extranjeros! Bajo la corteza del vividor dedicado a solazarse en compañía de unos cuantos ociosos madrileños, estremecía el hombre de guerra y de independencia salvaje que hay en todo moro; y acaso no le faltase razón a Tresnes cuando aseguraba:

–¿Veis a Hafiz? Parece amigo nuestro, ¿no es eso? Pues muchas veces nos habrá mirado al pescuezo, pensando por dónde lo rebanaría mejor, si nos coge allá en los vericuetos del Rif... Hombre, para creer otra cosa, hay que ser memo. Hace una infinidad de siglos que estos moritos y nosotros andamos a si te degüello y si te masco la nuez... ¿y os figuráis que ellos lo olvidan un minuto? Para eso tendrían que ser tan blandufos como nosotros.

Esta opinión de gran calavera, a quien sus múltiples experiencias amorosas habían enseñado cierta sabiduría humana, se nos acordó el día en que, terminada la misión del embajador y anunciada definitivamente su partida, llevamos nuestra longanimidad hasta el extremo de dar a Hafiz un banquete de despedida cariñosa. Fue espléndido, y corrieron los vinos exquisitos –en esto Hafiz no hacía mucho caso de su Profeta–. A los postres hubo hasta brindis. Y cuando, a última hora, uno de nosotros preguntó a al morito qué impresión definitiva se llevaba de España, de Madrid, de sus amigos, que tanto se habían complacido en agasajarle

–el infiel, algo excitado por el espíritu de la vid, sobándose la barba avelludada y suavemente ondulosa– contestó:

–Yo decir en mi país que vosotros queréis mucho moros, y tenéis fuente pesetas, para gastarlas con moro simpático. Y decir también que aquí mejor ser moro que general que ha peleado con moros allá en la guerra. Más obsequiado moro; eso diré. Y si contestan demás moros que vosotros tontos, diré que no, que buenos sí. Y diré que ricos los manjares, y guapas las huríes, y de primera los cigarros.

Y como se alzase un run run de risas mezcladas con indignaciones de semichispos –porque en aquel momento sospechábamos que habíamos hecho una primada–, Hafiz, asustado de su propia franqueza, despabilado de su comienzo de embriaguez, añadió:

–Y diré que España es grande. ¡Y que moros en ella, felices!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN  
(Dibujos de Bartolozzi)

“Interrogante”

*Renovación Española*, Madrid, n. 4 (19 de Febrero 1918)

Es la que voy a contar una historia en la cual no sé si soñé lo que me pareció ver, o si, al contrario, vi efectivamente algo semejante a una pesadilla. Esto, traducido a más claro lenguaje, significa que no estoy enteramente seguro de los hechos que voy a recordar.

Vivía yo en Madrid, en compañía de una de mis hermanas, casada con un negociante. Me preparaba a una lucida carrera, pero no ponía gran afán en mis estudios; teníamos con qué vivir, y yo era perezoso y paseante en corte.

Una mañana, en el mismo centro de la Puerta del Sol, lugar nada novelesco, ví a una mujer que me atrajo desde el primer instante. Era chiquita, pálida, muy esbelta y fina, y sus ojos, negríssimos, miraban de un modo especial, hondo, sugestivo. Se fijaron en mí un segundo, y al punto los veló con las tupidas pestañas, enigmáticamente. No sería yo español neto si no la hubiese seguido, y si no me creyese, de un modo fulminante, enamorado hasta las cachas.

Fui tras ella por algunas calles, céntricas todas, hasta llegar a la casa donde vivía.

Al pronto, se hizo la indiferente, como si no me viese, ni se enterase de mi persecución. Y en el portal –donde me atreví a entrar–, se volvió, me miró otra vez, de un modo trágico por lo intenso, y metiéndose en el ascensor, me hizo una seña que no supe interpretar.

Un poco de unto de plata desató la lengua de la portera, y me hizo saber que la dama se llamaba Julia, que vivía con su tío, señor muy rico y bastante viejo, y que ambos eran de fuera de Madrid; de Andalucía o Valencia.

De estas investigaciones a tomar a la portera por buzón, no iba gran distancia. La carta fue breve y apasionada; modelo en su género. Es hasta tal punto contradictorio nuestro modo de sentir respecto a la mujer, que casi sufrí una desilusión cuando mi perseguida me contestó sin dilaciones, sin dificultades, casi en el mismo tono que yo había empleado con ella. ¿Era, pues, una hembra fácil, dispuesta a corresponder al primero que la dijese algo? Mi ilusión se enfrió. De todos modos, claro es que llevé adelante la aventura.

En la carta me citaba par el día siguiente, por la tarde, en su propio domicilio. Me encargaba especialmente que no emplease misterio, ni precaución alguna. Que llamase. Me harían pasar a la sala. Allí me esperaba ella.

Lo hice así. No sabré explicar el estado de mi ánimo. ¿Se trataba de una mujer sin decoro? La extraordinaria sencillez de los preliminares lo indicaba. Tal vez una excéntrica... Veríamos.

Fui puntual. Al campanillazo, salió ella en persona, sonriente. Entré en una sala elegante, alhajada con algunos muebles artísticos y otros modernos, de buen gusto. Julia me invitó a sentarme. Sobre un piano, exhalaba discreto perfume un ramillete de violetas dobles. Nada trascendía allí a situación equívoca, a vida irregular. Todo producía una impresión de señorío.

El asombro me cortó la palabra. No acertaba a decir cosa alguna. Ni mímica. Ella me sacó del apuro.

-Lo veo sorprendido, señor Frontero... Usted no sabe que le conocía ya.

-¿Qué usted me conocía?— contesté tartamudeando.

-Sí, señor. Le conocí en casa de nuestras amigas, las de Hernández Álamo. Pero usted no me vio, porque yo estaba en el cuarto de la mayor, de Anita, y ella me hizo mirar a través de la puerta y me dijo quién era usted. Me contó de usted mil detalles. Por eso, ayer, no tuve reparo en responder a su carta. Si en efecto está usted, como asegura, enamorado de mí, puede tratarme, hablarme con frecuencia. Ya ve usted que soy franca, y que esto es la cosa más corriente del mundo.

Estupefacto, contesté ya en tono de excusa. Otra desilusión. ¡Mi perseguida era una señorita decente, muy decente, y la comenzada aventura tenía claras vistas al matrimonio! Sin embargo, aquellos ojos sombríos, de oscuro fuego, continuaban ejerciendo su mágico poder. Y, sin saber lo que hacía, respondí al conjuro de los ojos por el sortilegio de los labios: hablé con un ardor, que, gradualmente, me abrasaba... Al cabo de una hora, nos habíamos unido en una aspiración común. No se habló del porvenir, nos se fantaseó ni el esbozo de un hogar. No delineamos nada. Eso se bastaba a sí propio.

Aturdido, sin entender lo que me pasaba, hice, no obstante, una gestión: tomé informes en casa de Hernández Álamo. Salieron responsables de que Julia Beniel era una intachable muchacha. Algo extraña, algo retraída... pero modelo, en lo demás. Por un lado, debía creerlo. Por otro, mi historia se oponía a tanto optimismo. El proceder de Julia no estaba en armonía con lo que afirmaban de ella.

Mis inquietudes crecieron, según fui ganando fueros de confianza en la mansión de Julia. Vi casualmente a su tío, y una espina aguda se me clavó en mi corazón. Era el tío de Julia un marino retirado, de enérgica fisonomía, de tez cobriza, con patillas blancas, y su cara curtida expresaba una violencia sin límites: yo hubiese jurado que no conocía aquel hombre freno a sus instintos. Estaba, sin embargo, achacoso, y el reuma le clavaba en la cama semanas enteras. En uno de esos accesos fue cuando sucedió mi aproximación a Julia. Ella me encargó, con

grandes instancias, que no tratase de relacionarme con aquel señor, por lo cual valdría más que nos encontrásemos fuera, en el Retiro o en algún establecimiento de esos que se toma té, adonde ella iría con Anita Hernández Álamo. ¿Por qué tal misterio? ¿Por qué dar a nuestras relaciones ese carácter sospechoso? La espina se me hincó más honda. Aquel pariente, ni hermano, ni padre, y que parecía dueño y árbitro de Julia... ¿qué era realmente? Ni lo supe entonces, ni lo sé todavía hoy, cuando evoco los sucesos. La malicia vulgar resuelve estos enigmas muy pronto, pensando lo peor; yo tengo un criterio diferente: lo peor no siempre explica las cosas. Lo malo es que, rechazando el criterio vulgar, no puedo rechazar el recelo, la sugestión pesimista. Alrededor del anciano tío de Julia giraban mis pensamientos.

Y, no obstante, cada día se estrechaba nuestro lazo. Ella, disipada la primer serena frialdad, ahora se mostraba ciega, vehemente en su exaltación amorosa. No podernos ver con libertad y sosiego a todas horas la torturaba.

-Casémonos- propuse un día, sugestionado por la llama de sus ojos.

-¡No es posible!- respondió precipitadamente.

No hubo medio de que revelase la razón de tal imposibilidad. Yo no la veía. ¿Que no le gustase al tío la boda? Después de todo, su tío no era su padre... Y la espina volvía a dejar sentir su punta dolorosa...

Pasó una quincena en que apenas pude cruzar dos palabras íntimas con Julia; después supe que otra vez estaba su tío postrado en la cama con su ataque reumático, y que podía visitarla libremente. Todo lo olvidamos, en una expansión de amor casi cruel.

Una noche, Julia oyó que la llamaba a grandes voces el enfermo. El tono de estas voces me movió a ir tras sus pasos, recatadamente, sin que ella lo pudiese notar. ¡Qué grabados se me han quedado los menores detalles! Iba furiosa, vibrando de enojo. En la antecámara de la alcoba de su tío la vi detenerse, como si vacilase. Al fin, deslizó la mano en el bolsillo y sacó no sé qué, un objeto menudo. Luego entró resueltamente. Yo me oculté entre los pliegues de la cortina. Había poca luz. El enfermo aullaba.

-¡Ya estás aquí! ¿Qué hacías? No sé qué te traes tú escondido, no sé. ¡Pero en cuanto salga de esta cama maldita, a fe de Matías Beniel que he de saberlo, y si es lo que me figuro, encomiéndate a Dios! ¡Mira, ahí tengo mi revólver... lo oyes!

Y así rabiosamente la culata del arma y dirigía el cañón contra el rostro de Julia.

El sudor corría por mi frente. Percibía el ritmo del temblor de mis piernas...

-¡Silencio! -ordenó ella-. Toma la medicina nueva... A ver si te quita los dolores...

En un vaso de agua vertió unas gotas, contándolas rápidamente. El viejo bebió de un trago. Casi en el mismo momento se enderezó, agitando las manos y muy abiertos los ojos, como si quisiese gritar y el grito no saliese de su garganta. Ya he dicho que la luz era débil y que no estoy enteramente seguro de nada de lo que creí ver. El enfermo cayó después sobre la almohada, de golpe, como amodorrado. Hubo silencio. Julia miraba al enfermo con atención aguda.

Aterrado, me escabullí por las habitaciones oscuras hasta la sala. De la sala pasé al recibimiento; tomé abrigo y sombrero y huí escaleras abajo, sigiloso, sin razonar mi fuga. Escapaba..., porque sí. Una mano parecía empujarme, lanzarme hacia fuera.

Al otro día vi en un periódico la esquela mortuoria de don Matías Beniel, capitán de fragata retirado, y recibí un billete muy lacónico: sólo decía “Ven”. Metí ropa en una maleta, di por pretexto en mi casa un viajecillo necesario, y desaparecí de Madrid. Dos meses estuve recorriendo diversos puntos de España. Se me figuraba que me buscaban, que iban a prenderme. Luego seguí a Francia. Cuando regresé, supe por Anita Hernández que Julia no estaba en Madrid. Y ¡jamás, jamás!, llegué a conocer su paradero. –Cierto que tampoco lo intenté.

Enigma. ¿Era Julia una mujer desenfrenada o una enamorada loca, pero sincerísima? ¿Qué sentido atribuir a la escena que presencié? ¿No podía tener la muerte de don Matías la causa más natural, un error de dosis, o el paso de una embolia, o alguna congestión? ¿Hay que dejarse llevar por la fantasía? ¿Hay que hacer de todo una novela, un melodrama terrorífico?

Sigo ignorándolo. El misterio de Julia fue varios años mi tormento. Y, de noche, su mirada me sugiere aún cosas que me estremecen. Y le he retorcido el pescuezo al amor, allá en las soledades de mi alma.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

“La conquista de la Cena”

*El Sol*, n. 16 (16, diciembre, 1917)

La víspera de la fiesta de la Natividad nos habíamos detenido, los que los formábamos, la compañía de Quiñones, en un poblacho castellano, esperando dar al día siguiente una función que nos valiese algunas pesetas. Entretanto, no sabíamos cómo cenar aquella noche, la Buena tradicionalmente.

Los de aquella misérrima agrupación de faranduleros no teníamos nada que pignorar a no ser los cuatro oropeles pingajosos del vestuario artístico. Con ellos nos atrevíamos a todo porque la necesidad envalentona. La dama, Matildita Roso, hacía los papeles de duquesa con un traje de lanilla y una erizada piel de gato, y Quiñones, director, empresario, primer actor de carácter, y todo lo que se tercié, salía de elegante luciendo un gabán de tintadas costuras y cuello de terciopelo, pelado y con un dedo de caspa. Por la Roso –aquí, en confianza absoluta– estaba yo en la *troupe*, en vez de estudiar Derecho en Valladolid. Quiñones afirmaba que “este monigote” eclipsaría a Fernando Díaz de Mendoza, claro es que con el tiempo; pero tal esperanza era mi única recompensa. No me pagaba Quiñones, como es natural. Bien adivinaba que, para mí, era suficiente la carita de la Roso.

Afuera malicias y sonrisas equívocas y picarescas. Por la carita, únicamente, aquella carita de elegía y añoranza, de ojos de oscura violeta, andaba yo de zoca en colodra, sin lastre en el estómago y casi sin camisa. Ha de saberse que la Roso estaba casada con el que hacía las veces de apuntador, un bizco esmirriado, que la trataba mal; y, caso muy frecuente en las actrices, le guardaba una fidelidad estricta. Tenían un pequeñuelo, y la madre, minada su salud por fatigas y privaciones, no había podido amamantarle. Como un ama de cría significaba un lujo<sup>1º</sup> sultaniano, la Roso traía consigo una cabra, de la cual chupaba el crío, formando lindo grupo mitológico.

Yo me quitaba de la boca, como suele decirse, el sustento, para mantener a Esmeralda –nombre que le había puesto Marcote, el gracioso, admirador de Víctor Hugo–. Daba a la cabrita todo mi pan, y ella me agradecía la atención con un balido afectuoso y la caricia de su lengua áspera y su húmedo hocico sobre mi mano.

Al llegar al pueblo, nos dirigimos a la posada, con honores de fonda, y en ella nos exigieron algún adelanto, para ofrecernos albergue y cena. Estaban de

<sup>1º</sup> Corregimos la errata: lugo.

chascos y de pufos hasta aquí, sí señor. ¿Qué garantía ofrece una comparsa como la nuestra? Ninguna; bien lo podíamos comprender. Una señal, cinco duros siquiera, y tendríamos camas mullidas y guisado de carnero y gallo con arroz. De otra suerte, nos podíamos ir con la farándula a otra parte.

Recorrimos las calles, nos dirigimos al Alcalde, que tuvo buenas palabras, pero no se prestó a *responder*... No, eso de responder, como comprendíamos nosotros... Todo era *como comprendíamos* nosotros, que sólo comprendíamos que teníamos gazuza, que nos helábamos y que aquella noche venturosa para el género humano íbamos a pasarla al sereno. Y a mí, lo propio no me preocupaba. Era la demacrada y suave faz de la Roso lo que no podía apartar del pensamiento. Mi ilusión por aquella mujer nacía justamente de un sentimiento de compasión muy honda, extensiva a su hijito. Era piedad, romanticismo sin exigencias concretas, sin más ansia que la de ternura. Capaz me<sup>11</sup> sentía de salir al camino y detener a un trajinero, para que la Roso cenase caliente, siquiera una taza de caldo...

No teniendo mejor cobijo, nos refugiamos en el Ayuntamiento, en el destartalado local que iba a servir de teatro, bajo pretexto de preparar los detalles de la representación. Y mientras unos buscaban sillas y bancos, sacándolos de las dependencias, y los alineaban, otros deliberaban sobre la situación angustiosa, urgente. Marcote, el gracioso, mozo muy despachado, acababa de concebir una idea sombría, pero salvadora. Enajenar nuestra única propiedad: la cabrita. Para disculpar arbitrio tan cruel, hay que pensar en lo que es hallarse un 24 de diciembre en un pueblo desconocido, sin sustento, sin blanca, viendo al través de los vidrios penetrar esa luz lechosa y lívida que anuncia la nevada inminente. En poco rato Marcote logró, para su proyecto, una aprobación total, aunque vergonzante. El más explícito fue... el propio esposo de Matildita, que se atrevió a perfeccionar el plan, añadiendo que si no hubiese comprador para Esmeralda, podíamos..., podíamos... En la posada se encargarían de lo desagradable, de la *operación*... Esmeralda estaba como un pavo, y alrededor de sus riñones debía de acolcharse una grasa exquisita. Cenaríamos; al menos, cenaríamos; nos acostaríamos con algo en la panza, dorado a la lumbre y succulento.

Y cuajaba la idea, cuando, en un rincón del pasillo por donde cruzaba en busca de mobiliario, una sombra se alzó ante mí, y una voz anhelante, angustiosa, me llamó por mi nombre:

-Saturio, Saturio...

<sup>11</sup> Corregimos: ne.



Era la primera vez que la reservada Matildita se tomaba tal confianza conmigo. Un vuelco me dio el corazón. Cuando una mujer amada nos llama así, a solas, por el nombre, creeríamos que arranca y absorbe todo nuestro ser, que nos saca de nosotros mismos, y nos envuelve en la espiritualidad de su alma.

Sólo contesté:

-¡Matilde!

Se explicó, pero no era necesario. Yo había comprendido, adivinado la súplica, y hasta la indignación temblorosa. Y, ante los ojos de violeta, anegados en llanto la acción, también a mí, me parecía un crimen. Imágenes horribles surgían en mi imaginación, y vi a la cabrita bajo el cuchillo, y su blanco pelaje manchado de sangre espesa y caliente, y oí su trémulo balar de<sup>12</sup> agonía, tan semejante al lamento débil de un chiquillo expirante... ¿Cómo no me sublevó desde el primer momento semejante barbaridad? Audazmente, estreché las manos de Matildita, y luego, sin recato, su cuerpo frágil, y sellé sus pupilas con fugitivo halago, y murmuré a su oído con ardor:

-No tengas cuidado, no harán tal. Antes me matarán a mí.

Corrí... Quiñones me recibió con cólera. Ya la sugestión de glotonería había prendido y actuaba.

-¿Y qué se cena esta noche, guasón?– clamó irritado.

-Si no hay otra cosa, nos le cenamos a usted... A la cabra no se le toca.

Y salí de la Casa Ayuntamiento, corriendo, como si fuese a alguna parte. Copitos menudos de nieve, con su frío beso, parecían avisarme de que era una locura mi expedición en busca de una cena que no existía. No les hice caso. La cena tenía que existir, puesto que así lo deseaba Matilde.

Al otro extremo de la plaza alzábase el Casino. Me atraieron sus ventanas iluminadas, su puerta franca, y el ver que dos o tres pueblerinos, envueltos en mantas y tapabocas, se dirigían hacia él. Les seguí, y subí una escalera sucia, y entré en un salón en que el humo del cigarro formaba densa nube que apenas consentía ver las caras de los concurrentes. El chasquido de las fichas de dominó me despertó una percepción singular. Soy maestro en ese juego inocente y soso. Para arriesgar en la timba que adivinaba unas monedas, me faltaba tenerlas: lo esencial. En el dominó no se paga sino al hacer cuentas. ¿Y si perdía? ¡Bah! –Propuse una partidita a un sujeto bien portado, con trazas adineradas, y aceptó. Aquello fue coser y cantar. En una hora gané diez o doce pesetas.

<sup>12</sup> En el texto de *El Sol* se incluye erróneamente “pesa y caliente, y oí su lento balar de”.

No me bastaban. Me pedían más unos ojos dolorosos, implorantes, del color de los lirios..., y pasé a la sala del crimen. Me vacilaban las piernas. ¡El todo por el todo! No crean ustedes: en el poblacho, de cuyo nombre, al revés que Cervantes, diré que no quiero olvidarme nunca, había sus puntos fuertes, y se arriesgaba algo. Una suerte inaudita me llevaba como de la mano, me señalaba la carta que me convenía más, hasta tal punto que un instinto de prudencia me aconsejó retirarme, no sólo porque pudiera volverse la suerte, sino porque creía notar recelo y hostilidad en los puntos. ¡Demontre de forastero! Para que le viniesen así, ¿tendría alguna habilidad, alguna treta...? Salí del Casino palpando, en el bolsillo, billetes, y bastantes duros. Corrí a la posada. Ante un pápiro la mesonera se decidió, y encargué la cena, el gallo con arroz, las sopas de ajo con huevos, las magras, la ensalada de coliflor, el buen café, el anisado, la manzanilla. ¡Lo que se llama cenar! Y la cena nos produjo tal plétora de contento, que bailamos y cantamos villancicos, hasta las tres de la madrugada, como locos, y al nene de Matildita le paseamos en triunfo, olvidándonos de que, horas antes, a poco le dejamos sin nodriza. Hambre, amor, agujijones continuos de la vida, ¡cómo pincháis!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

“El panteón de los años”<sup>13</sup>

*El Sol*, n. 29 (30, diciembre, 1917)

<sup>14</sup>Allá donde las eternas nieves cubren<sup>15</sup>, como un casquete de plata, la extremidad de la tierra, y existen soledades dilatadísimas<sup>16</sup>, sin rastros de vida, no ya humana, sino de toda clase<sup>17</sup>, con gigantescos bloques de hielo, se ha formado el eterno<sup>18</sup> edificio.

Se alzan colosales sus<sup>19</sup> bóvedas transparentes, y su estilo arquitectónico recuerda<sup>20</sup> en gran parte el de las construcciones atribuidas a los cíclopes<sup>21</sup>. La puerta, la única puerta, es baja, y no existen ventanas<sup>22</sup>, ni cornisas ni adornos. Dentro, salas y más salas<sup>23</sup>, y, abiertos en el mismo hielo, nichos donde descansan los años difuntos. Fue el Padre Tiempo, el viejo temeroso, el siempre joven interiormente<sup>24</sup>, el que se renueva<sup>25</sup> a medida que se consume, quien trazó el plano y erigió<sup>26</sup> los muros deslumbradores de este edificio misterioso<sup>27</sup>, para<sup>28</sup> dar en él sepultura magnífica a sus<sup>29</sup> hijos, según van precipitándose<sup>30</sup> en el abismo del no ser.

Millones de años yacen allí, y el mayor número<sup>31</sup> ha transcurrido sin dejar huellas en la memoria de nadie. Antes de que el hombre, en el período del último

<sup>13</sup> Inmenso [e]ra es el Panteón de los años.

<sup>14</sup> Inmenso es el Panteón de los años.

<sup>15</sup> cubren el casquete Nort[e] del globo de la tierra, y existen soledades inmensas, dilatadísimas [sic],

<sup>16</sup> soledades inmensas, X

<sup>17</sup> c[ll]ase

<sup>18</sup> bloques de hielo se ha [f]ormado el ete[rno]

<sup>19</sup> Se alza colosal, [co]n bóvedas

<sup>20</sup> recuerda el de las construcciones

<sup>21</sup> y [q]ue se reducen álíneas [sic] de sillares so[bre] otras líneas de sillares, sin más adorno, ni más estilo

<sup>22</sup> y no existen huecos de ventanas

<sup>23</sup> Salas y más con nichos abiertos en el mismo hielo,

<sup>24</sup> jovenpor dentrinteriormente

<sup>25</sup> El que renueva a medida

<sup>26</sup> alerigió

<sup>27</sup> esta edificiomisteriosdso.,

<sup>28</sup> pra

<sup>29</sup> ásus

<sup>30</sup> cayendo

<sup>31</sup> y e mayor nú[m]ero

terciario y el primer cuaternario<sup>32</sup>, hiciese su aparición sobre la tierra, años<sup>33</sup> infinitos, que no es posible calcular, habían caído<sup>34</sup> silenciosamente<sup>35</sup> en la fosa común, como caen las hojas en las grandes selvas desconocidas, y se amontonan formando capas<sup>36</sup> de mantillo, donde<sup>37</sup> brotarán<sup>38</sup> nuevos<sup>39</sup> gérmenes<sup>40</sup>. Padre amoroso, aunque devore a su progenie por necesidad ineludible, el barbado Kronos<sup>41</sup> recogió a esos años oscuros<sup>42</sup> y sin historia, y los llevó al palacio fúnebre y glacial. Ninguna inscripción señaló<sup>43</sup> el sitio que ocuparon<sup>44</sup>. Eran los años anónimos, en que todo fermentaba para<sup>45</sup> las evoluciones y los cataclismos<sup>46</sup> futuros.

Desde que un ser desnudo, inerme, débil, lloroso, temblante<sup>47</sup> de hambre y de frío, apareció sobre<sup>48</sup> la tierra<sup>49</sup>, los años empezaron a tener carácter propio. Se lo prestó la lucha de aquel ser<sup>50</sup> recién nacido<sup>51</sup> con los<sup>52</sup> elementos y con la materia. Era de presumir que ésta se tragase a aquél, pero sucedió lo contrario. A cada paso, el ser hacía una conquista<sup>53</sup>. Ya sus noches<sup>54</sup> no eran oscuras; ya su cuerpo, aterido, podía<sup>55</sup> calentarse a un fuego que mantenía<sup>56</sup> con especial<sup>57</sup> cuidado, no

<sup>32</sup> Antes de que el hombre, nmedio de en los períodos casi i[g]norados tam[b]ién del último terciario y el primer cuaternario,

<sup>33</sup> anos

<sup>34</sup> caiso

<sup>35</sup> sil[en] ociosamente en la f [fin de la cuartilla]

<sup>36</sup> forma[n] ca as

<sup>37</sup> mantillodonde

<sup>38</sup> germinarán

<sup>39</sup> nuev s

<sup>40</sup> vegetales

<sup>41</sup> Tiempo

<sup>42</sup> oscuro[caracter ilegible]

<sup>43</sup> se[ñ]aló

<sup>44</sup> el sitio [salto de línea] ocuparon

<sup>45</sup> pra

<sup>46</sup> catac[salto de línea]mos

<sup>47</sup> muerto

<sup>48</sup> s[salto de línea]bre

<sup>49</sup> Tierra

<sup>50</sup> del ser

<sup>51</sup> venido

<sup>52</sup> conlos

<sup>53</sup> conquista nueva

<sup>54</sup> [n borrosa y a continuación salto de línea]ches

<sup>55</sup> ya su cuerpo aterido podía

<sup>56</sup> mantenían

<sup>57</sup> es[p]ecial

dejándolo extinguirse jamás<sup>58</sup>. Y a estos años bienhechores les puso el caduco Tiempo un<sup>59</sup> letrado que decía así: “Años del Calor y de la Luz”. Ocupaban una crujía larguísima, pues largos fueron también los períodos en que la Humanidad<sup>60</sup> errante no<sup>61</sup> tuvo más consuelo que la llama y la tea, al peregrinar<sup>62</sup> en busca de caza y de regiones benignas<sup>63</sup> donde reposar, ignorante aún de que podía alzar ciudades<sup>64</sup> y labrar el suelo para recoger<sup>65</sup> cosechas.

Cuando lo averiguó<sup>66</sup> y lo puso en práctica<sup>67</sup>, empezaron los años que el Tiempo llamó “de las Artes<sup>68</sup>”. En las jóvenes<sup>69</sup> ciudades, en los templos que las consagraban<sup>70</sup>, el arte florecía<sup>71</sup>. Eran<sup>72</sup> arte los adoratorios; arte, las residencias y palacios de los tiranos<sup>73</sup> y de las cortesanas;<sup>74</sup> arte, las armas<sup>75</sup> con que<sup>76</sup> se combatía; arte, los cuencos<sup>77</sup> en los que se bebía; arte, las máscaras<sup>78</sup> de oro que cubrían el semblante de los guerreros, cuando iban a dormir en los hondos sepulcros<sup>79</sup>. Un solo camafeo encerraba toda la espiritualidad de un pueblo. Una copa, modelada<sup>80</sup> sobre lo vivo, toda la belleza, recién revelada, de la mujer.

Y he aquí que sobrevienen otros siglos. El Tiempo recuerda cómo se inauguraron. Fue una noche estrellada<sup>81</sup> y helada, en un portalillo semirruinoso,

<sup>58</sup> jamás

<sup>59</sup> una

<sup>60</sup> humanida

<sup>61</sup> nno

<sup>62</sup> más consuelo, al peregrinar

<sup>63</sup> regiones benignas

<sup>64</sup> ignorante aun de la ciudad, podía alzar ciudades

<sup>65</sup> para recoger

<sup>66</sup> hubo averiguado esto

<sup>67</sup> en práctica

<sup>68</sup> las Artes

<sup>69</sup> nuevas

<sup>70</sup> adornaban

<sup>71</sup> en donde [qu]iera el arte florecía

<sup>72</sup> E[ran]

<sup>73</sup> Rey[salto de línea]yes, de los tiranos

<sup>74</sup> cortesanas.;

<sup>75</sup> las armas

<sup>76</sup> con que

<sup>77</sup> arte los cuencos [salto de línea]cos

<sup>78</sup> bebía. arte las máscaras

<sup>79</sup> de los guerreros en las sepulturas

<sup>80</sup> co[salto de línea] modelada

<sup>81</sup> estrellada

de una aldea<sup>82</sup> de Palestina. Como tantos millares de siglos antes, había nacido un ser inofensivo, inerte. Los pastores, dejando sus majadas, acudían a adorarle<sup>83</sup>, guiados por un astro puro<sup>84</sup>. Llevaban<sup>85</sup> ofrendas, corderos recientes, leche en colodras chicas<sup>86</sup>, miel en panales, manteca, a fin de que<sup>87</sup> se cumpliera lo profetizado: “Enmanuel<sup>88</sup> se llamará, y comerá manteca y miel”.

Y venían también a postrarse ante el Niño, unos<sup>89</sup> Magos, procedentes de lejanos<sup>90</sup> reinos. Porque el Niño no había venido<sup>91</sup> solamente para<sup>92</sup> aquellos zagales<sup>93</sup>, sino para todos los hombres del mundo<sup>94</sup>. Así lo entendían los Magos, de los cuales el uno era negro, como carbón<sup>95</sup>. Desde el primer<sup>96</sup> instante, no existía diferencia<sup>97</sup> de razas. Al menos, no existía dentro de aquel Portal. El Infante<sup>98</sup> sonreía al de la testa lanosa, y la Mujer celestial descubría, con gracioso movimiento, sosteniendo el paño entre sus dedos de marfil, el corpezuelo del Redentor, para que el Negro lo recibiese<sup>99</sup>.

Y el Tiempo nombró<sup>100</sup> a estos años, a muchos años que fueron transcurriendo y en los cuales<sup>101</sup> cada día se erigieron templos al Niño, en los ámbitos de la tierra, “años de la Redención”<sup>102</sup>. Y les dio el lugar más señalado<sup>103</sup> y<sup>104</sup> honroso,

<sup>82</sup> en un port lillode un edificio rsemiruinoso de Buna ladea

<sup>83</sup> Los pastores acudían a adorarle

<sup>84</sup> guiados por una estrella

<sup>85</sup> L evaban

<sup>86</sup> recentales, gallin leche de sus en colodras chicas

<sup>87</sup> par que

<sup>88</sup> Manuel

<sup>89</sup> Niñounos

<sup>90</sup> lejano

<sup>91</sup> b nido

<sup>92</sup> prapara

<sup>93</sup> pastores

<sup>94</sup> pra todos quantoshabita[n] el mindo

<sup>95</sup> negro como cargbón

<sup>96</sup> [p]rimer

<sup>97</sup> dostinción

<sup>98</sup> Niño

<sup>99</sup> descubría pra qu[salto de línea] el lo contemplase, con gracioso movimiento, sosteniendo el paño entre sus dedos de marf[salto de línea] el corpezuelo de l Redentor

<sup>100</sup> llam´

<sup>101</sup> culaes

<sup>102</sup> cada día tuvo un templo nuevo el Niño, “años de la Redención”

<sup>103</sup> lad

<sup>104</sup> y y

el centro del Panteón<sup>105</sup> de los años. A este departamento llamó<sup>106</sup> “La Catedral”. Lo parecía, en efecto<sup>107</sup>, por la forma de sus bóvedas y por las múltiples columnas<sup>108</sup> de bloques de hielo que lo sustentaban.

Otro grupo de años, fuertes y resplandecientes, colocó el Tiempo en un salón espacioso, grandioso<sup>109</sup>. Durante<sup>110</sup> aquellos años, un mundo se añadió<sup>111</sup> al ya conocido<sup>112</sup>, al mundo<sup>113</sup> clásico, autor<sup>114</sup> y formador de civilizaciones. Otro, de incalculable extensión, despuntaba<sup>115</sup> en las planchas de madera de que se servía un inventor extraordinario<sup>116</sup>. Mientras los mediterráneos<sup>117</sup> completaban el planeta cruzando<sup>118</sup> el tenebroso Océano<sup>119</sup>, los teutones daban<sup>120</sup> vuelo de águila al espíritu, descubriendo<sup>121</sup> la imprenta. Y el Kronos rotuló<sup>122</sup> a estos años fecundos, asombrosos, “años de la Invención”<sup>123</sup>. Y aún sepultados, creyó<sup>124</sup> ver que rebullían, que se agitaban, que querían<sup>125</sup> renacer; tal era su vitalidad. No<sup>126</sup> estaba muy seguro<sup>127</sup> de que fuesen cadáveres de años. Algo<sup>128</sup> germinal<sup>129</sup>, una electricidad singular, emanaba de su huesa, como el perfume de los santos

<sup>105</sup> el centro, [l]a clave del ePanteon

<sup>106</sup> departa ento [salto de línea] rífico le llamó

<sup>107</sup> efec to

<sup>108</sup> y las columnas

<sup>109</sup> salónespaci[salto de línea] como un mundo

<sup>110</sup> Y es que durante

<sup>111</sup> añadin

<sup>112</sup> al anterior

<sup>113</sup> mun[salto de línea]

<sup>114</sup> al siempre autor

<sup>115</sup> Y otro mundo de incalculabl[salto de línea] extensión asomaba

<sup>116</sup> extraordi[n]ar[salto de línea]

<sup>117</sup> latinos

<sup>118</sup> cyuzando

<sup>119</sup> el tenebroso y desconocido Occé[salto de línea]co

<sup>120</sup> teutonesdaban

<sup>121</sup> inventando

<sup>122</sup> rotuló,

<sup>123</sup> años de la Invención

<sup>124</sup> cre[salto de línea]

<sup>125</sup> uerain

<sup>126</sup> renacer. No

<sup>127</sup> muyseguro

<sup>128</sup> años, Algo

<sup>129</sup> germinal les prestaba movimiento

cruza<sup>130</sup> las piedras de sus sarcófagos. Dijérase que palpitaban como mariposas que rompen su<sup>131</sup> crisálida y reciben el primer<sup>132</sup> soplo de aire.

El Tiempo, reflexivamente, consideraba ahora a los años que siguieron a los de la Invención. Y le sorprendía verles tan momificados y secos.<sup>133</sup> Veía su fealdad, su triste catadura<sup>134</sup>, y no acertaba qué calificación les convendría. Lo que<sup>135</sup> más le preocupaba<sup>136</sup> eran los últimos<sup>137</sup> en fecha. Estos venían en un estado verdaderamente espantable<sup>138</sup>. Mutilados, acribillados<sup>139</sup> de recientes cicatrices, con la cabeza colgando, con los ojos fuera<sup>140</sup> de las órbitas<sup>141</sup>, rotas<sup>142</sup> las mandíbulas y encharcados<sup>143</sup> de sangre renegrida<sup>144</sup>, dijérase que acababan de descolgarles<sup>145</sup> de algún cruento patíbulo. No les envolvía ni un sudario; su desnudez dolorosa no tenía más velo que aquella<sup>146</sup> sangre chorreada<sup>147</sup> por todo el cuerpo<sup>148</sup>.

Siendo tan aterrador<sup>149</sup> el aspecto de estos años, aún parecía más repugnante el del último<sup>150</sup>. Porque éste, que acababa de caer en el abismo, ya, ni era cadáver ni momia<sup>151</sup>, sino un esqueleto, cuya osamenta sólo cubría un pellejo árido, que a pedazos se desprendía. De relieve dejaba traslucir toda la armazón ósea. No

<sup>130</sup> quetraspasa

<sup>131</sup> mariposa<sup>W</sup> s qu salen de su

<sup>132</sup> pr[margen de la hoja de papel y salto de línea]mer

<sup>133</sup> a los de la que no se resignaba a morir del t odo. Le sorprendia qu festos, en cambio, no solo estuviesen mupareciesen como secos ya, como momias hediondas.

<sup>134</sup> catadu[salto de línea]

<sup>135</sup> Y lo que

<sup>136</sup> preocupaba,

<sup>137</sup> úl[salto de línea]mos

<sup>138</sup> horrible

<sup>139</sup> acribillado[salto de línea]

<sup>140</sup> un ojo

<sup>141</sup> de la órbita

<sup>142</sup> rot[a]

<sup>143</sup> y todos encharcados

<sup>144</sup> denegrida

<sup>145</sup> desco[salto de línea]garles

<sup>146</sup> que sus aquella

<sup>147</sup> secaya,

<sup>148</sup> cuerpo chorreada

<sup>149</sup> espantable

<sup>150</sup> últ[salto de línea]

<sup>151</sup> abismo de los años, era np ya un cadáver



podía dudarse: de hambre había fallecido aquel infeliz año<sup>152</sup>. De hambre, de privaciones, de insuficiencia<sup>153</sup> fisiológica...

Un movimiento de repugnancia y un enojo hizo Kronos al recoger, a las doce de la noche en punto, del último día<sup>154</sup>, aquel miserable despojo orgánico. Los huesos<sup>155</sup> se le deshacían en las manos, carcomidos y polvorientos. Enojado, lo dejó caer,<sup>156</sup> rehusándole hasta<sup>157</sup> los honores del sepulcro. Y, para<sup>158</sup> consolarse, se puso a fantasear<sup>159</sup> cómo sería el año que<sup>160</sup> había nacido, al dar su postrer<sup>161</sup> campanada el reloj. Una ilusión de paternidad le estremecía<sup>162</sup> la barba velida y el corazón fatigado de tanto procrear. El Año<sup>163</sup> Niño sería fresco, grueso, rubio, riente, sano, con una piel de seda rosa y una faz de angelote<sup>164</sup>. Y evocó su imagen<sup>165</sup>, y quiso verle aparecer<sup>166</sup> allí mismo, donde dormían sus mayores, donde él, a su vez, yacería<sup>167</sup>. La ardiente esperanza que se deposita en las<sup>168</sup> criaturas se cifraba ahora en el añito<sup>169</sup> novel, recién nacido, que venía a cumplir las promesas<sup>170</sup> y a consumir las reparaciones.

<sup>152</sup> solo cubría un apiel que á fuerza de arrugas parecía escamosa xxxxxxxxxxxxxxxx  
 xxxxxxxx El rápido enflaquecimiento que delataba, se advepermitía aprecuar toda la  
 armazón ósea de aquel mísero cuerpo. La cabeza dejaba ver el cráneo y las manos, las  
 falanbres de los dedos, como en .Un lNo podía dudrase: de hambre habi muerto  
 aquel mísero año

<sup>153</sup> angustia

<sup>154</sup> de repugnacia, de enojo, sinhizo Kronos a[r]recoger. á [l]as doce de la noc[salto de  
 línea] del último día

<sup>155</sup> fuesos

<sup>156</sup> caer, caer,

<sup>157</sup> rehusandol[e] h[as]ra el s[salto de línea]

<sup>158</sup> pra

<sup>159</sup> fantasera

<sup>160</sup> [q] [e]

<sup>161</sup> última

<sup>162</sup> leestre[salto de línea]

<sup>163</sup> año

<sup>164</sup> y una cara angelical

<sup>165</sup> [Y] evoc[ó] imagen

<sup>166</sup> aparecer,

<sup>167</sup> donde él á s[salto de línea] vez yacería

<sup>168</sup> los

<sup>169</sup> añit o

<sup>170</sup> que venía como una risa y uná cumplir las prome[salto de línea]

A la evocación del Padre de los Años, se presentó, en efecto, el de 1918<sup>171</sup>. Llevaba esta<sup>172</sup> cifra en la frente, y sólo por ella pudo<sup>173</sup> reconocerle Kronos, que, atónito, le contemplaba<sup>174</sup>. El Año acabado de nacer no tenía forma humana; era una sombría Esfinge de bronce, medio monstruo y medio fiera. Y el bronce de la Esfinge estaba caldeado por un fuego interno, inextinguible. Y el pedestal<sup>175</sup> de la Esfinge era de mármol rojo, color de sangre. Y, a su alrededor, el suelo humeaba...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

<sup>171</sup> apase presentó en efecto el de 1918

<sup>172</sup> L evaba est[salto de línea]ta

<sup>173</sup> puso

<sup>174</sup> contem[salto de línea]plba

<sup>175</sup> El Año acabado de nacer era una gran esfinge de bronce, de sombrío colo. Y el bronce de la Esfinge estaba cal deado por un guego interno, inextinguible. Su cuell[salto de línea] El pedesratl

“Galana y Relucia”

*El Sol*, n. 85 (24, febrero, 1918)

Era una yunta que daba gozo de verla. Parejas como dos gotas; rollizas y limpias de piel, con la misma raya de azabache a lo largo del lomo, rematado en el vigoroso maslo, esquilado siempre; nada traicioneras, incapaces de soltar una coz a un descuidado; con el diente alegre y el trabajo continuo, las dos mulas del Tío Terrones valían cuanto pesaban en oro. Al menos, así se lo decían los convecinos, los de Montonera, con sus miajas de envidia porque aquel diantre de hombre tenía la suerte arrendada.

Al menos, lo creían así... La verdad de las cosas la sabe quien la sabe. Tío Terrones, antaño, tuvo un golpe de fortuna; una hija suya, la Petronila, le dio bastante dinero, en veces. Lo malo fue que la pobretica se murió. No pudiendo recelar que tal cosa sucediese, porque era como una clavellina la moza, tío Terrones anduvo a la buena vida. Le quedaban, al faltar Petronila, unas tierras, la casa y aquel par de mulas, que en leguas a la redonda no lo había semejante. Todo ello bastaría a quien no tuviese medio perdido el hábito del trabajo, que es difícil de conservar.

A sus horas, tío Terrones, listo como las centellas, pensaba sobre su suerte y sobre la de los hombres en general, en este mundo de mojjiganga. Veía trabajar, sí, señor, a gran parte de sus convecinos; Montonera, con sus casas de adobe, era un poblacho, y todos destripaban los terrones que producen la vida en forma de espiga rubia. Existían, sin embargo, en el mismo pueblo algunos individuos que se libraban de arar y economizaban el sudor, y casualmente no eran los más pobres, ¡qué iban a ser! El secretario del Ayuntamiento, cacique muy activo, ya vestía como los señores y gastaba cadenas de oro. Y Crispo Samuel, el prestamista, tampoco madrugaba para salir a las eras. Y aquel tunarra de Morlaco ignoraba cómo se abre el surco, o, si lo supo alguna vez, lo había olvidado ya. Otras eran sus industrias y sus labores. De feria en feria, desapareciendo a veces semanas enteras, realizaba ganancias misteriosas. No obstante, se susurraba en el pueblo que el Morlaco, encerrado en su casa ruinoso, donde vivía su madre ciega, se moría literalmente de hambre.

Sacaba en limpio el tío Terrones que trabajar, bueno; pero que una cosa es eso y otra reventarse trabajando, cuando hay maneras de defenderse... Su chica, aquella Petronila que comía la tierra, ¿sudó mucho pa ganarse miles de pesetas, corcho? El que discurre también trabaja; pero ¡hay trabajo de trabajo! Tío Terrones trabajaría con su ingenio. ¿Si él se atreviese... a...? La palabra temía hasta

formularla interiormente, en ese recóndito santuario, tantas veces profanado al día, de la conciencia. ¿Y por qué no se había de atrever? Allí estaba el Morlaco, que ni se había muerto ni ido a presidio. Cuántos, si pudiesen, harían como el Morlaco. Y son infinitos los que, en una u otra forma, lo hacen, y les va ricamente. De esto estaba convencido el tío Terrones. Y de tal convencimiento pasó a concebir una idea que le pareció peregrina. La dio vueltas, la consideró desde todos los puntos de vista, la creyó disparatada al pronto, y un segundo después la vio clara y hacedera. Como golpe, era golpe... ¿Y si...? Ya, ya; convenía atar bien los cabos. Pero, acertando con el nudo, ello era rara treta y nadie la sospecharía.

Fue a boca de noche cuando conferenció con el Morlaco. El día era caluroso, y daba consuelo, después de haber arado todo él, gozar del viento frío del atardecer, que consolaba. En el cielo castellano empezaba a asomar la luna, fina como una hoz que ha ido gastándose a fuerza de segar. La soledad era absoluta, y apenas se escuchaba el ladrido de un mastín, apagado por la distancia. Los dos hombres conferenciaron despacio, y Morlaco, sorprendido al pronto, acabó por admitir el discurso, que ya es discurso, ¡toño! Lo admitía Morlaco porque ya era cosa *sigura*: se iba, no aguantaba más en el *condenao* pueblo y en la pobrertería de los de *arredor*. Braulia, la hija del sacristán, cuidaría de la ciega, y él, de mandar cuartos. No hay como correr mundo. Y tío Terrones, acordándose de su chica, aprobaba. Por *ay* fuera es donde se *pué* salir de miserias y de *hambrerías*. Si él no fuese viejo ya...

A la mañana siguiente a este cuchicheo, sin más testigos que la lunica, tan recortada y tan silenciosa, se empezó a decir por el pueblo que a tío Terrones le habían *quitao* sus dos mulas, las mejores piezas que han comido pienso en el término, su Galana y su Relucia, el pan de su vejez. Hasta los que eran hostiles al tío Terrones y le habían puesto de pelo de conejo cuando aprovechó las ganancias de su hija, le compadecieron entonces. ¡Tantas veces como se le había oído decir que antes se ahorcaría que vender su pareja! ¿No eran ellas, la Relucia y la Galana, las que abrían el surco profundo y derecho, las que removían la tierra, las que preparaban la cosecha futura? Tío Terrones encomiaba su belleza en frases ardorosas, como se encomia la de una mujer. ¿Cómo podía habérselas *dejao* “quitar”, y quién pudo quitárselas? ¿Quién fue el ladrón desuella caras, hijo de perra? Las sospechas no tardaron en concretarse. Sólo del Morlaco se sabía que era a ratos cuatrero. Para mayor convicción, el Morlaco había desaparecido. La Guardia civil, avisada por el propio tío Terrones, le buscaba en los contornos. Sólo que el aviso fue dado seis días después de la desaparición de la pareja, y si el Morlaco, desde entonces, corría, corría, tenía tiempo de haber llegado a Rusia.

Hubo, sin embargo, un niño, hijo de una mendiga, que andaba siempre pilleando, que afirmó haber visto al Morlaco, al anochecer, deslizarse pegado a las casas, como el que se oculta. Y no mentía el pequeñuelo. En el corral de su casa esperaba tío Terrones al aventurero, que había resuelto el problema de vivir sin trabajar. Le esperaba temblando de ansiedad, porque de la relativa honradez y lealtad de aquel tuno pendía su suerte. Bien pudiera Morlaco, realizada la sustracción de las mulas, guardarse en el bolsillo las tres mil cuatrocientas pesetas que de su venta en la feria de Brivianes había sacado, y salir arreando hacia las grandes urbes, donde la gente despabilada encuentra tantas ocasiones de hacer presa y botín. Y me creeréis<sup>176</sup> o no, pero os digo que nadie es del todo pícaro, y acaso pueda sostenerse la proposición contraria, que no me resuelvo a formular más claramente. Morlaco tenía sus rincones de luz en el alma. Entregó rigurosamente las tres mil, contentándose con el pico, y en voz algo ronca suplicó:

-Tío Terrones: ya que se queda aquí, mire un poco por mi cieguecilla. Entérese si la Braulia la cuida bien. *Pa* no dar sospechas, por el Giro Postal mandaré los cuartos a la Braulia. No conviene que sepan que he *veníó*.

-¿Y dices –interrogó tío Terrones– que el tratante de Brivianes se llama Calleja?

-Calleja se llama, y a mi ver las venderá en la feria Valdemojados, el día 9.

Nadie extrañó que el pobre tío Terrones se diese a recorrer ferias y pueblecillos, en busca de sus mulas, pedazos de su alma. Montado en un rocín de alquiler, andaba de la Ceca para la Meca, mientras la Justicia proseguía sus inútiles pesquisas, convencida de trabajar en balde. ¡A saber quién ocultaba las mulas! Si el Morlaco las había vendido, el comprador podía esconderlas.

Y fue acontecimiento sensacional el que, en la feria de Valdemojados, en ocasión de estar el tratante discutiendo precio con un rico labrador enamorado de la Galana y la Relucia, que se las comía con los ojos, y próximo ya a recibir las arras en un grasiento billete de Banco, un viejo, gritando como un furioso, se abrazase a la Relucia, exclamando casi con lágrimas:

¡Ay, mi prenda! ¡Ay, mi joya, las telicas de mi corazón! ¡Relucia, Galana, cómo me estaba sin vosotras! ¡Ay, San Antonio, que ya encontré a mis niñas, a mis mozas buenas!

Arremolinada la gente, acercose el sargento de la Guardia civil... El tratante juraba y mascullaba blasfemias sombrías. Aquel par era suyo; lo había comprado,

<sup>176</sup> Corregimos: *creréis*

lo había pagado con su dinero. Suyo, legítimamente... Pero le desengañaron. Las mulas eran robadas, y su dueño, aquel honrado viejo que las acariciaba con transporte sincero –porque, en tal instante, tío Terrores, más que en el éxito de su golpe industrial, pensaba en que eran su Relucia, su Galana, lo que iba a recuperar inmediatamente... Y, en efecto, por más que el tratante se mesó las barbas y se arrancó los pelos, el tío Terrones regresó a su pueblo con el rozagante par. El dinero que había pagado el tratante, que se lo pidiese al ladrón cuando fuese habido. El dueño legítimo no tenía que ver con eso; y que las mulas eran del tío Terrones, bien lo sabía la Guardia civil, amén de algún vecino del pueblo que se encontraba en la feria y vino a atestiguar. ¡Sí que había en la provincia entera otro par como aquél! ¡Otro porte, otra fuerza, otra estampa de mulas semejante!

Y tío Terrones las amó con mayor fanatismo desde que abrieron aquel surco que le valió, sin madrugadas, ni sudores ni cansancio de riñones, unos miles de pesetas.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

“A lo vivo”

*El Sol*, n. 119 (31, marzo, 1918)

Era un pueblecito rayano, Ribamoura, vivero de contrabandistas, donde esta profesión de riesgo y lucro hacía a la gente menos dormida de lo que suelen ser los pueblerinos. Abundaban los mozos de cabeza caliente, y se desdeñaba al que no era capaz de coger una escopeta y salir a la ganancia.

Las mujeres, vestidas y adornadas con lo que da de sí el contrabando, lucían pendientes de ostentosa filigrana, patenas fastuosas, pañuelos de seda de colorines; en las casas no faltaba ron jamaïqueño ni queso de Flandes, y los hombres poseían armas inglesas, bolsas de piel y tabaco Virginia y Macuba. Al través de Portugal, Inglaterra enviaba sus productos, y de España pasaban otros, cruzando el caudaloso río.

Algunos días del año se interrumpía el tráfico y la industria de Ribamoura. El pueblo entero se congregaba a celebrar las solemnidades consuetudinarias, que servían de pretexto para solaces y holgorio. Tal ocurría con el Carnaval, tal con la fiesta de la Patrona, tal con los días de la Semana Santa. A pesar de ser éstos de penitencia y mortificación, para los de Ribamoura tenían carácter de fiesta; en ellos se celebraba, en la iglesia principal, espacioso edificio de la época herreriana, la representación de la Pasión, con personajes de carne y hueso, y encargándose de los papeles gente del pueblo mismo.

Venido de Oporto, un actor portugués, con el instinto dramático de la raza, organizaba y dirigía la representación; pero sin tomar parte en ella. Esto se hubiese considerado en Ribamoura irreverente. “Trabajaban” por devoción y por respeto tradicional a los misterios redentores; pero nunca hubiesen admitido a nadie mercenario, ni tolerado que hiciese los papeles nadie de mala reputación. Gente honrada, aunque contrabandease; que eso no deshonra. Ni por pecado lo daban en el confesionario los frailes.

Han corrido varios lustros desde la Semana Santa en que soliviantó a Ribamoura cierto rumor, salido no se sabía de dónde, que cundió de oreja a oreja y de silla a silla, bisbiseado y secreteado, pues nadie se resolvía a decirlo en alta voz, y, además, nadie tenía certidumbres que añadir a suposiciones, en ningún hecho concreto fundadas. Así, el runrún fue en parte reprobado por calumnioso. Sin embargo, escandalizaba. Tratábase de Antonia, la esposa del Nazario, “el Alerta”, linda criatura que ya había desempeñado durante cuatro años el papel de Magdalena en el auto sacro de la Pasión. Era Nazario el más activo contrabandista, y por las festividades de Semana Santa tenía durmiendo un considerable alijo, allá

lejos, a la otra margen del río, en casa de una confidente. Bronco y desapacible gesto, fiero y violento de condición, contrastaba Nazario con su mitad, muñeca de alabastro teñida con zumo de rosas. Cuando la mujer de Nazario hacía el papel de la de Magdala, causaba admiración, no sólo su belleza, sino su mata de pelo rubio, destrenzada sobre los hombros, ondeando hasta los pies.

El rumor insidioso atribuía a Antonia delito de amor, señalando como cómplice a un mozo sin oficio ni beneficios, hijo de un prestamista; un Daniel Pereira, de estirpe israelita, como tantos lo son en la frontera; un vago, que no hacía sino recitar y componer versos. Su tipo físico, semejante al de las efigies del Salvador, le señalaba principalísimo papel en el auto sacro. Los que sostenían la hipótesis del delito, aseguraban que durante los ensayos y representaciones fue cuando Antonia empezó a responder a las ojeadas de Daniel. Los defensores de Antonia aseguraban que era materialmente imposible su delincuencia. Vivía encerrada, vigilada, con su suegra y con una hermana de su marido; jamás salía sola ni a la iglesia; y en tales condiciones era poco cristiano suponer lo que constaba que no podía haber sucedido. Los malignos argüían que el diablo siempre arregla ocasiones, y apoyaban sus malicias en ciertas endechas que habían corrido manuscritas, obra de Daniel, en que se aludía a un amor imposible, se renegaba de la fatalidad y se ensalzaba el oro de unos cabellos. Los benignos contestaban que, justamente, si el amor se declaraba imposible, es que Antonia, la de Nazario, no tenía nada que echarse en cara. No cabía pensar en nadie más que en ella para el papel de la arrepentida pecadora. Además, ¿dónde estaban otros cabellos así?

¿Sospechó “El Alerta”? Siempre fuera del pueblo y por caminos y veredas los más de los días, no debía cuidarse de comadreo y chismes. Pero, defendiendo el hogar, la madre, vieja todavía fuerte, a pesar de los setenta y cinco, y la hermana, instintivamente celosa del oro de la cabellera, algo debieron percibir y algo susurrarían, en forma velada, con reticencias y repulgos femeniles. Al menos, esto se supuso. De positivo, no se llegó a saber.

Hacíanse en la vasta iglesia los preparativos, y se alzaba un tablado, alrededor del cual colgaduras de rojo damasco formaban un telón de fondo anacrónico, pero solemne y de vistoso efecto. Se erigían tres cruces de madera oscura, sobre el montículo del Calvario. La longitud de la nave se destinaba a los espectadores.

La tarde del Viernes Santo fue llenándose la iglesia de un gentío ansioso de la emoción que se preparaba. No se cabía en el ancho recinto; la mayor parte de la concurrencia se quedaría sin ver. Hasta de Portugal, de los pueblecitos fronterizos, había venido gente. Hormigueaba la multitud, empujándose, como en prensa, y había sofocadas exclamaciones, suspiros de congoja, discusiones tan pronto



iniciadas como terminadas por los murmullos desaprobadores del concurso, que quería anticipado silencio para oír las octavas y décimas del auto, los maternales quejidos de la Virgen, las frases doloridas de San Juan y la Magdalena, al pie de la cruz. Aún no empezaba el espectáculo; inmenso cortinón de tela negra cubría el escenario. Al fin, manos invisibles lo recorrieron, y el cuadro apareció. Un artista hubiese censurado el tipo de San Juan, que personificaba un mozuelo afeminado, con peluquilla de rizos, y aun hubiese quedado descontento de la Virgen madre, que no sabía manejar el manto azul que envolvía su cuerpo de cuarentona, su ajada hermosura, rota y vulgar. En cambio, la figura del Redentor y la de la Magdalena eran dignas de pincel.

Antonia vestía una antigua túnica de brocado verde, rameada de oro, con cinturón de topacios, y caía por sus espaldas el espléndido desate de la cabellera, en ondas simétricas, como en las efigies bizantinas. Estaba pálida; al vestirse, al salir de casa, había notado algo singular en los ojos de las mujeres, algo extraño en el acento, siempre áspero, del esposo. De nada la acusaba su conciencia: los que la consideraban sin culpa tenían razón. Sólo de lo íntimo había salido, involuntario, algún reflejo a los ojos. La mirada, a pesar suyo, la había vendido. Y la había vendido cada año más, en aquella representación dramática, en que por fuerza tenía que alzar la vista hacia el que pendía del suplicio. Y ahora, son poderlo evitar, comprendiendo que se perdía, que cometía impiedad, que Dios debía castigarla, también miraba intensamente al que había escrito aquellos versos tan exaltados, al que tenía dulzuras y mieles, distintas de las rudezas de su hogar. Una magia de poesía, ignorada, irrazonada, la atraía hacia el mozo, y sentía deseos de llorar verdaderas lágrimas ante su rostro fino, su barba ahorquillada, su pelo, que se había dejado crecer en bucles y que rebosaba bajo la corona de espinas inofensiva. El mirar descubría el corazón. Fácil era observarlo, y alguien lo observaba. Detrás del tablado, oculto, Nazario ya no podía dudar. La indignación estremecía su cuerpo. Un desprecio furioso le sacudía, en temblores de odio. Por aquel judío, aquel cómico, con los dedos manchados de tinta, ofender a un hombre de temple, que se juega la vida a cada paso para traer a la malvada brincos y joyas, cruces y cadenas de oro de Oporto, piezas de lienzo, cortes de traje de seda. La desnudez a que obligaba a Daniel su papel en el auto, añadía al furor del esposo cruel mordedura de materiales celos. Su imaginación se poblaba de sombras, de ideas cínicas e injustas... "El Alerta" se deslizó por la esquina, detrás del tablado, y, cruzando una puertecilla de escape, pasó a la sacristía. No llevaba intención alguna: sólo huir de aquel cambio de miradas.

En la sacristía refrescaban con queso, bizcochos y tinto, José de Arimatea, Nicodemo, Longinos: los secundarios, que saldrían a escena después. Le

ofrecieron un vaso y, ceñudo, lo trasegó. Contra la pared estaba apoyada la lanza de Longinos –una auténtica lanza de los tiempos de las guerras fronterizas–, con la cual haría el simulacro de traspasar el costado del Señor. La asíó, sin que nadie reparase. Volvió a escurrirse, y, subiendo la escalerilla trasera que al tablado conducía, y apartando las colgaduras de damasco rojo, blandió el lanzón y ensartó, de un bote, al actor, mientras un alarido de espanto de la multitud atronaba la bóveda...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

“La cuba”

*El Sol*, n. 203 (23, junio, 1918)

El pintor que quisiese crear un Sileno típico y entonado, encontraría modelo incomparable en Antón de Caneira. Sileno no es un alcohólico, sino un vinoso, y ambas cosas no pueden confundirse. Sileno tiene los cachetes abermellonados, los ojos chispeantes y alegres, no la lívida palidez y las atónicas pupilas del alcohólico habitual. Sileno siente despertarse su instinto viril ante las carnes sólidas de una ninfa o de una bacante desgreñada, y el miserable esclavo del aguardiente ya ni nota el aguijón de que se quejó San Pablo... Antón de Caneira, el Sileno aldeano, no bebe “perrita”. Su beodez es clásica. Pámpanos y racimos... El vino... El vino, sí. El vino en todas sus formas, jovial y juvenil en el mosto, confortador y sabroso al rehacerse, fragante y recio en su vejez... Hasta el vino malo, aguado, anilinado, de las tabernas, encontraba en Antón de Caneira un admirador, cuando no podía trasegar entre pecho y espalda algo más legítimo. Sólo empezaba a despreciar el peleón, ante el Borde añejo. Lo malo es que éste era muy raro, muy caro, y Antón no siempre guardaba en el raído bolsillo una peseta.

Carpintero de aldea, de manos ya algo torpes para la labor, iba poco a poco descendiendo a tareas que hubiesen humillado su amor propio, si no lo tuviese embotado. Gracias a no pecar de soberbia, iba viviendo, y a veces podía darse el placer de traerse a su casa, agasajado bajo la chaqueta, un jarro del tinto, que apuraba con delicia, puestos los ojos en el techo festoneado de telarañas, y alzado el codo poco menos que a la altura de los ojos. Cuando, viéndose ya el fondo de la jarra entre escurriduras color de granate, caía Sileno al pie de la mesa riendo y tartamudeando, entre explosiones de felicidad, y las moscas, impunemente, se posaban en su cara, picándole con furia, sin que les opusiese mayor resistencia que farfullar un “¡ldevos, ladronas, non amoledes!”, solía asomarse a la puerta tal vecino, y exclamar algo semejante a esto:

-¡Carafio! ¡Hoy tomola buena!

He aquí que un día le encomendaron a Antón cierta faena, para la cual hubiesen convenido dos o tres hombres vigorosos, en lo mejor de la edad y en la plenitud de la robustez. Fue el mayordomo del señor de la Lage, aquel Moraina cazarro y torpe a un tiempo, quien le confió tal misión, sin parar mientes en si podía o no desempeñarla. Allá él que se las arreglase. Dos pesetas para “un trago”, si sacaba de la bodega la cuba y la cargaba sobre el carro que había de llevarla a la feria, donde se despacharía con lucro, a jarros colmos y *morenas* infladas, para las meriendas de los feriantes.

Caneira permaneció en la bodega durante un rato, suspenso, meditando en la extensión de sus fuerzas y en la resistencia de la cuba, y tratando de resolver la ecuación. Él no le llamaba así seguramente, como a la cuba no le llamaba cuba, sino “isa condenada”; y de sus fuerzas, lo que entendía –equivocándose probablemente– era que si le permitiesen dar a la “condenada” un tiento, crecerían sus ánimos, en razón directa de la disminución del contenido de la cuba... Fascinado, miraba a su alrededor, devorando con la vista las hileras de panzudas “condenadas”, que surgían de la fresca semioscuridad, imponentes, con las entrañas repletas de sangre de cepa, gloria líquida. El tesoro de deleites y de venturas que encerraban los profundos vasos, se le presentaba a Caneira con tal viveza, con tal ilusión, que se abrazó a la primera de las fustallas, la que más cerca tenía, la que justamente debía transportar, y la cubrió de caricias, suspirando:

-¡Quién [sic] te catase! ¡Quién te sacase las tripas, cubiña mora!

Era más fácil decir chicoleos a la cuba que moverla: y esta verdad se puso de realce apenas Caneira probó a obligarla a que oscilase sobre el tablado que la sostenía a distancia del suelo. No había más que un medio de desquiciar la pipa y obligarla a que bajase: la tradicional palanca. Intentó empujar con un palo de hierro, y vio que no apalancaba bastante. Harían falta tres gañanes, con tres palos. Entonces Caneira acabó por donde debió empezar. Fuese al monte del mismo señor de la Lage, y cortó un árbol nuevo para palanca, y otros para los rodillos. La palanca conmovería la cuba, hasta precipitarla al suelo; y por los rodillos, se deslizaría luego, en veces, hasta la puerta, donde el carro, con el eje erguido en el aire, aguardaba a que la cuba fuese izada para que, uncidos los tardos bueyes, la arrastrasen adonde los bebedores agotarían su vientre rojo...

Y comenzó la labor hercúlea. Gruesas gotas de sudor caían por el rostro de Caneira. Su pecho vellosos jadeaba. De cuándo en cuándo se pasaba el revés de la mano por la frente y sacudía las gotas. Juraba entre dientes, rezongando. Al fin, la pipa se tambaleó, cabeceó y, rápidamente, de un modo impensado, se precipitó de su plataforma al piso. Caneira se lanzó a su vez, palanca en mano. Quería empujar a la cuba hacia los rodillos, justamente al centro. La había visto desviarse... Adelantó el cuerpo, y la cuba, pesadamente, vino a coger debajo, de refilón, la pierna derecha del Sileno.

Al pronto, no pudo ni gritar. Desvanecido de dolor y de susto, yacía como una cosa sin alma, como un insecto preso por el borde de un vaso, con medio cuerpo fuera y medio dentro. Nadie andaba por allí. Le habían dejado solo con su bárbara empresa. ¡Qué se menease! Al fin, el mayordomo, empuñando un jarro, acudió a sacar el vino de la meridiana comida, y vio a Caneira exánime. Tuvo

que decidirse a gritar, a llamar a los jornaleros, a uno de sus hijos, y entre todos, libertaron del suplicio a la víctima. En poco estuvo que le cortasen aquella pierna. Cojo, con muletas, tenía que quedar para toda la vida. Tal fue el dictamen del “componedor”. Descansaba en su camastro fementido el Sileno, cuando apareció por allá el hidalgo de la Lage, el amo, que había venido a pasar un par de días en su bodega, a ver cómo andaba “aquel choyo”.

-Y tú –interpeló furioso, dirigiéndose a Moraina, que se le presentó muy gacho de orejas–, y tú, camueso, bodoque, ¿cómo dejaste que manejase la cuba un hombre solo? ¿A quién se le ocurre barbaridad igual?

-¡Bah! –se excusó flemático el mayordomo–. Caneira está todos los días trabajando en cosas así... Una “cuaselidá”, que pudo suceder igual si otros le “audasen”.

-Vamos a verle ahora mismo –ordenó el señor, echando a andar.

No era muy del gusto de Moraina la expedición; pero rabiando<sup>177</sup> siguió a su dueño.

Canera quería incorporarse al ver al señor; éste le contuvo con la mano, y con palabras de áspera bondad:

-Quieto, burro, quieto... Mereces no levantarte de ahí en toda tu vida... Mira que ir tú solo a mover la vasija... ¡Pues no es nada!... No sé como no te dejó en el sitio....

-Pudo, pudo dejarme –contestó el Sileno–. Fue Dios y nuestra señora del Estaño... si me coge la barriga en vez de la pierna...

-Yo sí que estoy por coger una estaca y hacerte cisco. A ver, so babión: tú necesitas dinero, no hay que decir. Toma veinte duros; y te mandaré esta tarde a la tía Ramona de Cimás para que te cuide. Yo pago a la tía Ramona. Pago todo. Y oye otra cosa: ya sé que te hace chiste el vino de mi bodega. ¿En el Borde hay otro mejor? ¿Eh?

-¡Qué ha de haber! –contestó Caneira, con el rostro iluminado de éxtasis.

-Pues mira: he dispuesto que la “metá” de la cuba que te ha partido la pata sea para ti. Si quieres, se te dará lo que valga en venta; si no, cuando estés bueno, tú mismo sacarás lo que te regalo. Te prestaré unos barrilillos...

-¡Señor! –tembló la voz de Caneira, debilitada por el sufrimiento–. Señor, dinero no me dé más... Mande usía los barrilitos... ¡y que Dios le conceda cien años de vida y la santa gloria!

Riose el señor de buena gana. Conocía la fama de Caneira, sus aficiones, y por eso había acertado con el mejor lenitivo a su desgracia. Era el paraíso lo que le ofrecía...

<sup>177</sup> A contunuación aparece una palabra ilegible.

De pronto, Caneira volvió hacia el cosechero la cabeza, ya que el cuerpo, sujeto por tablillas y vendajes, lo tenía inmovilizado.

-¡Ay, señor, amo querido! –gimió, alzando las manos, suplicantes–. Ya sabe que me queda una pierna sana. Me la rompan si quieren, y “déame” por ella la otra “metá” de esa “condanada” cuba!

-¡Te lleve el demonio! –fue la respuesta gruñida, con represión de carcajadas, del señor de la Lage, que tampoco era enemigo personal, ni mucho menos, del caldo almacenado en su bodega–. ¿Lo hay mejor en el Borde? ¿Eh?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

“Teorías”

*El Sol*, n. 329 (27, octubre, 1918)

Las muchachas curiosas y siempre en acecho de novios, que se asomaban a las ventanas angostas del caserío pueblerino de la Cañosa, para ver pasar cada dos horas un gato cazador, y cada tres o cuatro una vieja toda rebozada en un manto ala de mosca, dirigiéndose a alguna iglesia donde se rezase el rosario o se celebrase un triduo, no sabían del nuevo médico, Julián Carmena, sino que se llamaba así, que era bajo de estatura y enjuto de rostro, que andaba como distraído, y que del bolsillo del gabán, cortado y llevado sin pizca de gracia, le asomaba siempre algún librote.

“Es un tipo raro” fue la impresión que se comunicaron las consabidas muchachas, al ver con escandalizado asombro que el médico ni alzaba los ojos, atraído por los claveles y geranios que daban en los balcones su nota de rosa y fuego, como símbolo del amor, emboscado tras de hierros y vidrios...

Estaba visto: no le importaban las señoritas a Julián. Y tampoco parecían sacarle de quicio las mozallonas que cogían agua en la fuente y bailaban el domingo en un salón infecto, ni las domésticas de casa humilde, que salían a la compra con un cesto a la vuelta casi tan vacío como a la ida... ¿En qué pensaba el médico, me lo quieren ustedes decir? Pensaba –y, por cierto, a todas horas– en honduras de filosofía y de política ideal. Aparte de los momentos en que necesitaba ocuparse de sus enfermos –lo cual sucedía raras veces, pues en la Cañosa parecía haber peste de salud, según decía amargamente el boticario–, Julián se pasaba el día, y buena parte de la noche, en lecturas, con fiebre de saber lo que se devanaba en el mundo del pensamiento, allá en los países donde fermentaba la gran transformación social. Su ensueño de ojos abiertos le absorbía. No salía mucho de casa, y apenas tenía amigos en aquel rincón donde las mentalidades eran tan diferentes de la suya.

Cuando un hombre se entrega a la exaltación, estado habitual del joven médico, sólo admite dos clases de amistades: o gente que piensa conforme con él, poco más o menos, y en la cual encuentra desahogo, sostén moral y como un eco de sí mismo, o gente que piensa al revés del todo, y le proporciona el placer y el ejercicio de la discusión y una labor de propaganda. Por casualidad, encontró reunidas ambas categorías en un individuo, uno de sus enfermos, un viejo, que vivía con una hermana bastante menos vieja, pero ya cincuentona. El bienestar económico que disfrutaban los hermanos venía de ella, de doña Cecilia, viuda y heredera de un rico industrial. El viejo, D. Antonio Franco, era del número de los que están arruinados toda la vida, porque se la han pasado gastando mucho

más de lo que tenían, no en vicios ni lujos, nada de eso, sino en caridades, en limosnas y préstamos sin cobro posible. Así es que D. Antonio Franco, que para sus acreedores no sabemos lo que sería, en general era tenido por “un santo”. Su hermana evitó que parase en el Asilo de ancianos, fundado por otro bienhechor, natural de la Cañosa, que ganó en Buenos Aires millones. Recogió al hermano pródigo, le atendió con cariño, pagó sus deudas apremiantes y puso algún orden en sus gastos, favorecida por la enfermedad crónica, que no le permitía salir sino cuando ni hacía frío, ni calor, ni viento, ni lluvia. Era el tal achaque uno de los que la ciencia denomina, pero no cura, reumatismo periférico, rebelde a todo tratamiento. Los esfuerzos de Julián Carmena sólo habían logrado un poco de alivio en el penoso síntoma dolor.

Y en los momentos de remisión, cuando D. Antonio respiraba y hasta sonreía, el médico y el filántropo charlaban largo y tendido. No en todo discordaban, al contrario. Don Antonio entendía que el objeto de la vida humana es hacer el bien posible a los demás, y que no hay derecho a ser dichoso y a gozar de la abundancia, mientras otros pasan hambre. Y el médico estaba de acuerdo: el principio le parecía indiscutible. La discusión comenzaba al tratar de su aplicación. Don Antonio lo había aplicado, hasta quedarse poco menos que sin camisa. Julián lo entendía de otro modo. No era el individuo quien podía realizar, con sus propias fuerzas, tan magnífico programa. Sobre esto se enzarzaban vivamente, y a veces doña Cecilia, viendo a su enfermo tan entretenido, rogaba al médico que se quedase a cenar, añadiendo el anuncio de algún plato: “Tenemos cordero de dos madres, tenemos gallina en pepitoria...” Y cinco minutos después, los dos bienhechores de la Humanidad saboreaban el plato, lo mismo que si en el vasto mundo, a aquella misma hora, cada hijo de Adán pudiese comer su gallina o su corderillo de blanca grasa...

Hizo D. Antonio la observación, un día a Julián.

-No somos más que teóricos –exclamó–: nuestras ideas no se traducen en obras.

-Usted –preguntó–, ¿qué hace, vamos a ver?

-Asisto de balde a muchos pobres –respondió el médico–. A los ricos sería bien necio si no les cobrase mi trabajo.

-¿Y qué hace usted con el dinero que recoge? –interrogó el viejo.

Un poco de rubor subió a los pómulos de Julián, ante la cándida pregunta y el cándido mirar de D. Antonio.

-Lo primero –murmuró–, sostengo mi vida y cubro mis gastos... Lo segundo, vamos, guardo un poco... ¿Sabe usted para qué? Para mi madre, que es muy pobre, y tiene que sostener a los tres hermanitos...



-No diga usted más –atajó el viejo– Yo también guardo, ¡vaya si guardo! Creen que no... Pues guardo, y más que usted, de seguro... Y vuelvo a mi tema: somos unos teóricos...

Poco después de esta conversación, invadió a la Cañosa el mal que invadía a toda España, y que la ciencia ni sabía clasificar, ni atajar. En cada casa y en cada calle la epidemia se ensañó. No podían los sanos atender a los enfermos, ni había fuerzas que a tanto alcanzasen. La farmacia hizo buen negocio, pero el farmacéutico cayó también bajo el azote, y fue de los primeros en entregar la vida. Los curas no auxiliaban: ¡yacían postrados por la “gripe” o lo que fuese! El sepulturero se hallaba moribundo. Y los dos médicos, Julián y el practicón de don Norberto, andaban de cabeza, rendidos, sosteniéndose por los nervios, pues ni dormían, ni les quedaba un rato libre para comer. Después de una jornada terrible, Julián iba a acostarse siquiera un par de horas, cuando recibió aviso de que acudiese a casa de D. Antonio.

Encontró al viejo en las últimas. Su organismo, debilitado por largos padecimientos, no oponía resistencia. Sabía que “se iba”, y así se lo dijo a su joven amigo, en una vuelta que dio doña Cecilia, y en voz baja y sorda. “Me voy... me voy... Y me voy sin auxilios, sin sacramentos”. Hágase la voluntad de Dios... Oiga, Julián..., no me olvido de que usted me preguntó si guardaba algo... Le contesté que sí... ¡Quiero explicar, explicar! “Aquí” no he guardado nunca valor de un céntimo. Pero “allá”... Y alzó el brazo y lo tendió hacia el trozo de cielo puro que se veía al través de la ventana. Le cortó la palabra una gran fatiga. Sus labios se tiñeron de violeta. El corazón se negaba a seguir prestando su servicio, llave de nuestro existir...

Julián regresó a su casa, escalofriado y triste. Echose en la cama, exánime. Que no le pidiesen más; que le dejasen allí, ya solo, pues el que acababa de morir era su único amigo, y una inmensa melancolía, un sentimiento profundo de la inutilidad de todo esfuerzo, le aplastaban entre los primeros martillazos de la jaqueca rabiosa...

-¡Ya está, ya está! –repitió sordamente–. También yo...

Hizo por levantarse; quería ingerir remedio que, a prevención, conservaba. La reacción vendría. El sudor expulsaría el contagio. Pero al querer incorporarse sintió un sabor acre y salado en la boca.

-Vamos, ya sé... La hemorragia... Nadie vino a asistirle. En la Cañosa no había medio de hospitalizarse. Era el abandono, era la desolación de la Edad Media. Pensó en doña Cecilia... Ni aún podía enviarla un recado, pues la criada, aterrada, acababa de salir, probablemente huyendo. Una queja sorda, ronca, fue la única protesta contra el Destino. Un poco de delirio se iniciaba. El caso era fulminante.

Y los demás, “los demás”, por quienes creía el médico que era deber el sacrificio, estarían en tal momento pensando únicamente en sí propios, atendiendo a los que amaban, procurando conjurar el espectro de la epidemia a su alrededor, pero no más que a su alrededor. Nadie se acordaba del pobre médico, que había caído, como anónimo combatiente, en la batalla. Nadie tampoco del viejecillo bienhechor, que nunca tuvo cosa que le perteneciese en este mundo. Al menos, ese había guardado... Por cima de las teorías, se imponía el instinto. Julián, agonizante, tenía la suerte de no ver desmentida toda su convicción...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

“El crimen del Año viejo”

En *El Sol*, n. 29 (1, enero, 1919)

-¿Cree usted que vivirá, doctor?– preguntaron ansiosamente las doce hadas que, en cumplimiento de su misión clásica y tradicional, rodeaban la cuna del recién nacido y se disponían a colocar bajo su almohada el Talismán de la vida.

El doctor afianzó en las puntiagudas narices los redondos quevedos, que daban a su fisonomía un sello misterioso; se manoseó las barbas reflexivamente, y tardó más de dos minutos en contestar. Al cabo, dijo en grave acento:

-Tal vez vivirá... Y tal vez, si ciertos fenómenos se presentan, podrá no vivir... No veo<sup>178</sup> claro en su estrella... Dentro de doce meses será mucho más seguro el pronóstico!

Las hadas, a un tiempo, rompieron en risa cristalina y melodiosa. No eran ellas del número de las que comulgan con ruedas de molino; y aunque no habían inclinado jamás sus blancas frentes sobre libretos apergaminados y rancios, y no consumían aceite de lámparas, sino que lo hacían todo a la plateada luz de la luna, sabían perfectamente que los doce meses eran toda la línea vital del Niño, y al cabo de ese tiempo no sería aventurado contestar a la interrogación dirigida al célebre doctor y académico de la de Ciencias. El cual, ofendido por el buen humor de las hadas, se dio prisa a eclipsarse.

El Anciano, que ocupaba un lecho todo entapizado de damasco rojo, se unió, en voz cascada y que apenas se oía, a la risa de las madrinas del Año nuevo. Era, ya se habrá adivinado, el año de 1918, llegado a tal grado de decrepitud y agotamiento, que en su boca, entreabierta para dar paso a una trémula carcajada, se veían, muy adentro, más allá de las encías desdentadas, unas como telarañas, de un gris sombrío y sepulcral. Por medio de un esfuerzo angustioso, logró incorporarse, y rogó a la fada más próxima:

-Azulina, dame una cucharada del elixir de resistencia.

Con su cucharilla de zafiro, la fada deslizó el elixir en aquellos labios ya invadidos por las nieblas de la muerte; y al punto, galvanizado, se enderezó el viejo; su faz amarilla adquirió rosado tinte, y sus ojos apagados despidieron luz intensa.

-Yo –dijo con alarde de senil vanidad–, yo, el Abuelo, contestaré a lo que no ha sabido contestar la Ciencia. El nuevo Año, que parece, por lo débil y canijo, una figurilla de embrujar, vivirá igual que hemos vivido sus antecesores: tres

<sup>178</sup> Corregimos: vo

meses de invierno, tres de otoño, tres de primavera y otros tantos de verano. Pero, encantadoras moninas mías, lo de menos, sabedlo, es vivir, ¿entendeis? Es vivir, sí... pero como Dios manda.

Volvieron las hadas a soltar el chorro de perlas de su alegría, y Azulina, tomado la representación de las demás, exclamó:

-Abuelito, ya sabes que somos paganas, y, por lo tanto, no sabemos lo que manda Dios. Nuestros dioses, los de las selvas y las landas célticas, mandaban una porción de cosas: por ejemplo, que se sacrificasen hombres sobre el ara de Teutatés. Ya ves tú qué antigualla ¡Sacrificar hombres! Ahora nadie haría eso.

-Azulina, eres tonta de bailar –murmuró otra fada, la Topacio, más sagaz y reflexiva, aunque no tan guapa.

-Bueno –intervino el Año viejo–, no deja de tener razón la fada del Azul. Hoy, sobre el ara de Teutatés, a nadie se sacrifica. Quedamos en que el Año nuevo vivirá sus doce meses, lo mismo que he vivido yo.

-¡Lo mismo que tú! ¡Mal agüero, abuelo! –murmuraron algunas de las hadas.

-¡Ah! –gruñó el caduco–, también vosotras, eternas y envidiables niñas, ¿vais a repetir la cantinela de que he sido muy malo, de que hay que señalarme con piedra negra en el curso de la Historia? ¿Qué queráis que hiciese? Un año es un recipiente donde el hombre vierte lo que su maldad le dicta. A mí me han colmado de iniquidades. Si me colmasen de bienes, yo recogería bendiciones. La humanidad nunca quiere reconocer que la culpa de todo es suya.

-Abuelito –dijo la fada Topacio–, tenemos que hacerte justicia. Tú no fuiste malo. Tú has traído al mundo la deseada paz. Con este nombre se te conocerá: el Año de la Paz; y me parece a mí que es bien bonito. Si tú, abuelo, debías irte de este mundo lleno de alegría. Has sido el de la Paz... ¡Pues ahí es nada!

Todas las hadas hicieron coro, con un rumor de aprobación. Sí, sí, que se diese por satisfecho el Abuelo con ser el de la Paz.

-Locuelas –murmuró el viejo, babándose de cariño–, eso de la Paz es lo mismo que lo de la Vida... Vivir y tener paz es lo de menos... El caso es saber cómo se vive y qué paz se tiene. Y yo os digo que no todas las paces son iguales. Justamente mi pena al irme de entre vosotras al frío panteón donde he de dormir eternamente, en compañía de los que me han precedido, consiste en que ignoraré en qué ha parado lo de la Paz. Me voy con esa curiosidad, y no sé lo que daría por satisfacerla. Envidio a esa criatura. Dichosa ella, que verá lo que yo no he de ver, y sabrá la palabra del enigma. ¡Dichosa ella! ¡Quien estuviese en su lugar!

Las hadas rieron nuevamente. Momentos después desaparecieron saliendo por la ventana, pues iban a sonar las doce de la noche, y en sus landas nativas las esperaban las demás compañeras para danzar en corro, al borde del mar, entre las

retamas, la danza del encanto. Quedaron solos el viejo y el recién nacido infante. Y entonces, en un ángulo de la estancia, se fue formando una niebla, primero leve, luego densa y sombría; y en el centro de esa niebla brillaron dos puntos de luz fosfórica, que resultaron luego ser los vastos ojos redondos de un mochuelo enorme. Con voz graznadora se dirigió al Año moribundo:

-Si quieres saber lo que ha de ser la Paz –le dijo–, levántate como puedas de esa cama, y coge al nene y acuéstale en tu lugar. Y tú, ve y échate en la cuna... ¡Ya no serás el diez y ocho, sino el diez y nueve!

-Lo que me propones es la muerte del Niño... es un crimen –carraspeó el viejo.

El mochuelo también rió, con estridente carcajada.

-Veo<sup>179</sup> que no estás en el movimiento. Eso de crimen es una noción inactual. Lo que te propongo es un acto de<sup>180</sup>. Pero que nadie sepa que tú eres el Año viejo que vuelve bajo otra forma. La gente quiere creer que siempre camina hacia delante, lo cual no es posible, porque entonces se retornaría al punto de partida. Se camina en todos sentidos, y la ilusión exige creer que se avanza. Haz tú que lo supongan así, y trata de parecer un Año nuevo, novísimo, diferente de los otros. Si no, eres perdido. ¡Ea, levántate, y a ello!

Tambaleándose, gimiendo de debilidad, se alzó el Año anciano, y varias veces, en el trayecto cortísimo, pensó dar con su cuerpo en tierra. Se apoyaba en los muebles, tosía como si fuese a exhalar el alma, y sus piernas parecían sacacorchos, por los zigzags temblorosos que describían. Al cabo logró llegar hasta la cuna del recién nacido, y, extendiendo las secas manos, lo alzó en peso –pesaba lo que una flor marchita–, y lo llevó a su lecho de rojo damasco, donde lo dejó abandonado, sin cuidarse ni de cubrirle para que no sintiese el frío de aquella cruda noche de diciembre. ¡Así como así, iba a morir enseguida! Y, en efecto, apenas se hubo separado del talismán de Vida de las hadas, hizo el pobre Año un puchero de dolor, puso los ojos en blanco, y se quedó rígido, inmóvil. Entretanto, el Año viejo trataba de acurrucarse en la cuna. Por sorprendente caso, sus miembros se reducían, su estatura menguaba, hasta llegar a las proporciones de la primera infancia, y sus blancas barbas y pelo desaparecieron. Pronto se pudo acomodar sin dificultad en la camita del mísero diez y nueve, que acababa de espichar en aquel crítico momento. El diez y ocho sentía elasticidad en sus venas, calor en su sangre: su respiración era fácil y libre, su boca destilaba

<sup>179</sup> A continuación, en el texto de *El Sol* –[palabra ilegible]–

<sup>180</sup> A continuación, en el texto de *El Sol* palabra ilegible

fresca saliva, sus piecillos bailaban de gozo. Tendía las manos, ansiosamente, al porvenir, y saboreaba ya, de antemano, al placer de enterarse de lo que iba a ocurrir en otros doce meses, fecundos, sin duda, en capitales acontecimientos. En ese plazo, el enigma de la Paz se descifraría, y el mundo daría un paso gigantesco. ¡Vivir, vivir!

Y allá, en el rincón, en la sombra, el mochuelo miraba intensamente al criminal. Sus pupilas fatídicas alumbraban la estancia, aterradoras.

-Ten cuidado –repetía–. Ten cuidado... Que no te conozca nadie que eres el mismo... Porque si no, ¡ay de ti! Hazte el nuevo... Es lo único que han de pedirte...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN